

PUNTO ROJO

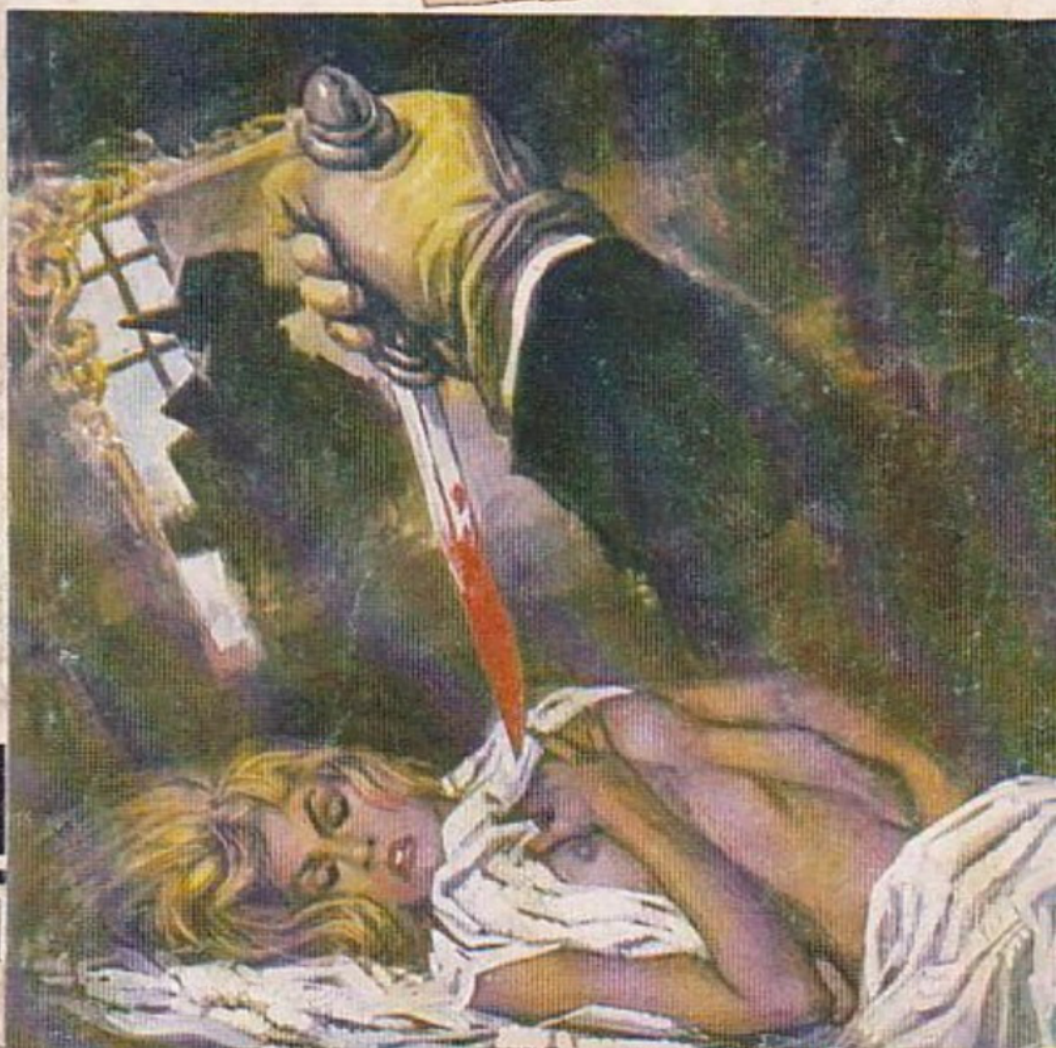
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

NEUROSIS CRIMINAL

Gortis Garland



PUNTO ROJO

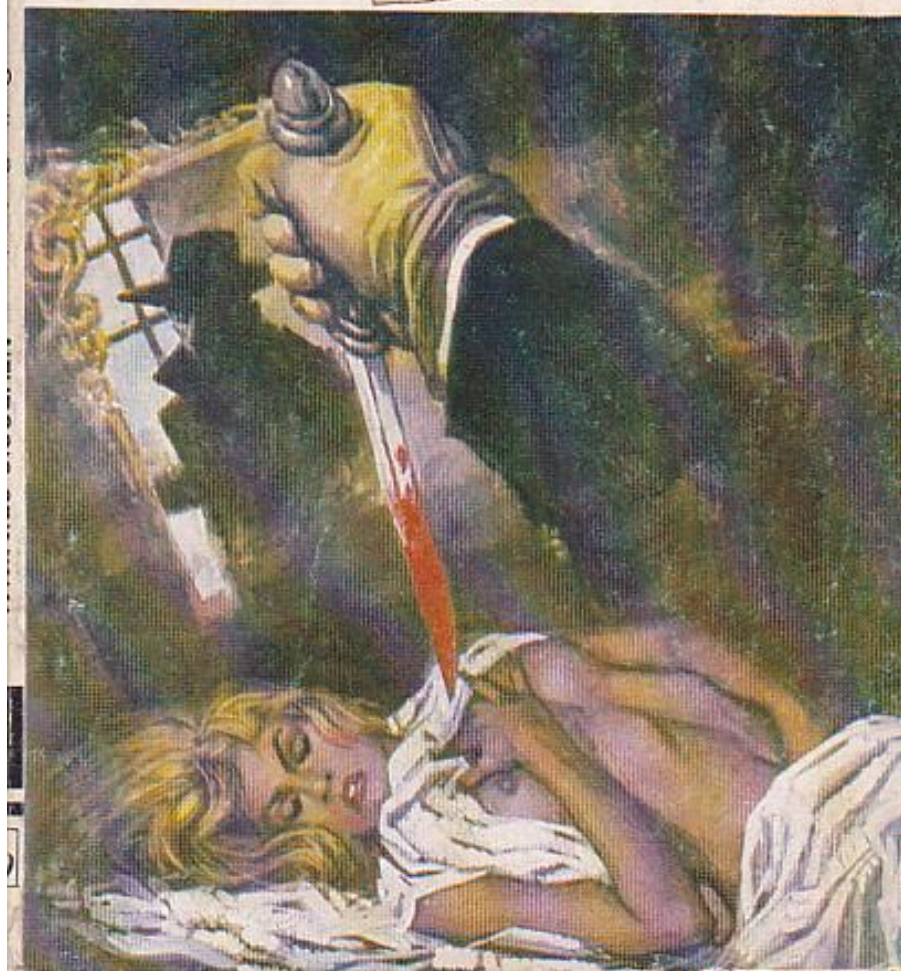
**BRU
GUE
RA**

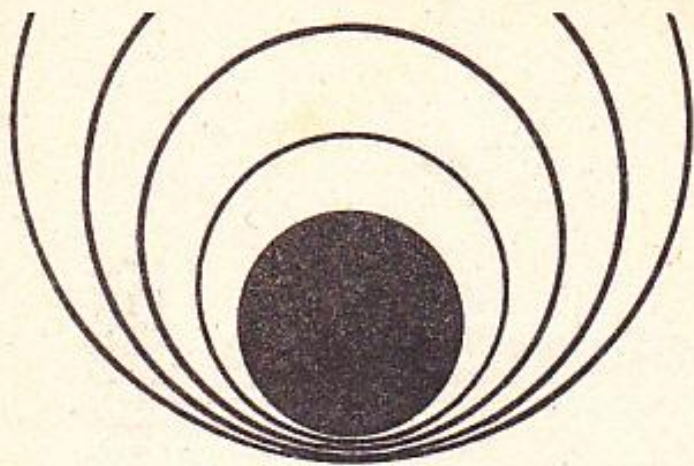
BOLSILIBROS

T POLICIAO

**NEUROSIS
CRIMINAL**

Cortis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

NEUROSIS CRIMINAL

Colección PUNTO ROJO n.º 1.145 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.754 — La isla de los espías.

En Colección PUNTO ROJO:

1.135 — Quema el asfalto.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 9.516-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: mayo, 1984

1.a edición en América: noviembre, 1984

© Curtis Garland - 1984

texto

© Bernal - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N- 52, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Debo confesar que esperaba mi primer caso con auténtica emoción e impaciencia.

Sabía que en cualquier momento podía aparecer una silueta tras la vidriera esmerilada de la puerta, un dedo pulsaría el timbre de mi oficina, y el primer cliente pasaría por el umbral para contratarme.

Me preguntaba, al mismo tiempo, de qué clase sería el caso a resolver cuando se presentara. ¿Un marido celoso que deseaba seguir a su mujer? ¿Una esposa burlada?

¿Una desaparición misteriosa de algún cónyuge o de una hija casquivana precoz? Eran los más habituales en mi profesión, yo lo sabía. Y no podía esperar nada excepcional, porque todos mis colegas, por mucha que fuese su experiencia, era lo que por costumbre investigaban.

Contemplé con cierto orgullo el flamante rótulo pintado sobre el vidrio: LEW MURDOCK

INVESTIGADOR PRIVADO

Sí, era una bonita oficina la mía. En la mejor zona de Los Angeles, discreta y a la vez acogedora, mobiliario moderno y funcional, recién pintada, limpia y bien acondicionada. Sólo le faltaba un pequeño detalle para ser perfecta, aparte, naturalmente, la futura clientela, imprescindible para que mi flamante negocio prosperase debidamente: una secretaria.

El anuncio estaba ya publicado. Sólo faltaba que se presentasen aspirantes. Soñaba con una rubita esbelta, de llamativos senos, cintura breve y caderas sinuosas, capaz de mirar con ojos ensoñadores a los clientes, a través de sedosas pestañas doradas, antes de anunciar su visita con voz susurrante, plena de sensualidad. Pero aparte de eso, claro, debía saber escribir bien a máquina, conocer algo de taquigrafía y archivar bien los asuntos. No todo iba a ser buen palmito y una generosa dosis de sexy.

Pero naturalmente, eso era soñar. Tal vez debería conformarme con una mujer de edad madura, gafas gruesas, figura de bacalao en salazón y moño en la nuca. Decidí no pensar en ese aspecto de la cuestión, y desplegué el *Mail* para hojear las páginas deportivas y de historietas, mis favoritas aparte las de sucesos.

Como ese sábado había perdido mi equipo, el *Stars*, pasé de largo la página deportiva, para enfrascarme en la lectura de las tiras cómicas. Entre *Superman*, *Flash Gordon*, *Rip Kirby* y *Popeye*, encontré mi *comic* predilecto, en su tira diaria: *Sadix*.

Era divertido, de puro aberrante. Un sádico, feroz criminal, deambulando por la gran ciudad, asesinando a la gente con auténtico morbo, de las formas más inverosímiles y macabras. Era un personaje negativo, siniestro, y por ello mismo tal vez, francamente absurdo y hasta cómico. A ningún ser real, pensaba yo, podía ocurrírsele semejante retorcimiento morboso, tal capacidad de crueldad y sadismo en cometer delitos de sangre como a aquel enigmático ser que aterrorizaba a las escasas o nada vestidas chicas del relato, en viñetas de una expresividad y virulencia tremendas, no exentas nunca de sexo desbocado.

—Este Lennox es algo increíble —reí de buen humor ante una malvada viñeta donde el enmascarado, siniestro *Sadix*, contemplaba el cuerpo de su víctima, colgado de un frigorífico del matadero, cuyo garfio sobresalía de su cuello, mostrando el cadáver en estado de congelación. Por si eso fuera poco, le había amputado los pies, convertidos en muñones sangrantes. *Sadix* siempre amputaba algo a sus víctimas, como subrayado de su sanguinaria firma.

Morton Lennox era el dibujante y creador de *Sadix*. Un tipo divertido aquel artista, pensé riendo, al apartar el diario. Su inspiración para semejantes barbaridades debía de ser inagotable. Pero lo cierto es que aquel *comic* para adultos con el estómago fuerte, tenía un gran éxito en el mercado, e incluso se anunciaba la edición de un álbum de lujo, recopilando sus más atroces aventuras, al pie de la página.

Pronto olvidé todos esos temas. La silueta esperada acababa de dibujarse en el vidrio de la puerta. De inmediato, sonó el timbre.

—Vaya —suspiré, apresurándome a arreglar el nudo de mi corbata y ponerme en pie abotonando mi americana—. Ya está ahí.

Abrí la puerta. Me quedé de una pieza.

—Buenos días —dijo mi visitante—. Vengo por el anuncio para la plaza de secretaria.

¿Es usted el señor Murdock?

Era como un sueño hecho realidad. La joven era alta, rubia, esbelta, con suaves formas, largas pestañas sobre sus ojos pardos, boca carnosa

y expresión inteligente.

Vestía con sencilla elegancia y tenía una voz cálida y grave.

—Oh, si, sí —atiné a decir, apartándome a un lado—. Pase, por favor, señorita.

—Me llamo Maud —dijo—. Maud Lamont.

—Siéntese, señorita Lamont —invité—. Es la primera aspirante al trabajo. Haremos una breve prueba, si le parece, y en su momento será llamada si resulta elegida, ¿le parece bien?

—Me parece normal —asintió ella, mirándome pensativa con una leve sonrisa—. Es lo habitual en estos casos, señor Murdock. Puedo ofrecerle diversas referencias. He trabajado como secretaria en varias empresas y...

Me relató su vida profesional, corta pero intensa, me mostró referencias, documentos sobre su eficiencia y todo eso. Le hice la prueba y juzgué que era una buena mecanógrafa, rápida taquígrafa y excelentemente dotada para cuidarse de un fichero con efectividad y presteza. Me gustaba, lo confieso, y no sólo como empleada futura. Poseía unas pantorrillas estupendas y, por lo que su falda permitió vislumbrar cuando escribía en su cuaderno taquigráfico con las piernas cruzadas, unos muslos suaves y bien moldeados.

De todos modos, tenía que fingir que estudiaba su caso junto con el de otras posibles aspirantes, de modo que me dispuse a despedirla cortésmente, a la espera de mi decisión definitiva, ya que sobre el salario no puso objeciones, ni tampoco sobre el horario de trabajo y sus posibles alteraciones a causa de la peculiar naturaleza de mi oficio.

En ese preciso instante, de nuevo una silueta se recortó tras los vidrios escarchados.

Volvió a sonar el timbre por tres veces, rápido y seguido. El visitante, esta vez, estaba impaciente. Tenía prisa por ser recibido.

—Tal vez sea un cliente, señorita Lamont —carraspeé, dándome importancia—. Si no le importa, puede irse. Hemos terminado.

—Un momento, señor Murdock —objetó ella—, ¿Podría representar ahora el papel de secretaria? Puede ser para usted una orientación más, de cara a la selección final...

Era una buena idea. Asentí, mirándola sorprendido.

—Claro —dije—. Manos a la obra, señorita Lamont.

Ella, rápida, se sentó a la máquina y comenzó a aporrearla como si estuviera trabajando con urgencia. El timbre sonó, insistente, tres veces más. Ella, entonces, se puso en pie, muy seria, y fue a la puerta, abriéndola.

—Disculpe —dijo con tono suave—. No pude abrir antes, estaba ocupada...

El visitante era un hombre, de modo que esta vez no se trataba de una nueva aspirante al empleo de secretaria. Le miré desde mi mesa, al fondo de la oficina, a través de la puerta, que mi primera aspirante había dejado intencionadamente entreabierta.

—¿El... el señor Murdock, Lew Murdock, investigador privado? —preguntó el recién llegado, con voz insegura, haciendo dar vueltas a un sombrero entre sus manos.

Era un tipo curioso. Flaco, desgarrado, vestido con desgana, anudaba una gabardina rugosa a su cintura, y lucía una ancha franja de pelo canoso en medio de su cabellera lacia y oscura, como un lunar. Tenía los ojos redondos y giratorios, de un indefinible color azul pálido.

—Aquí es, señor —dijo solícita la joven, tomando su sombrero, que colgó de una percha, reclamando con un gesto su gabardina—. ¿Tiene solicitada hora de entrevista tal vez?

El otro pareció desconcertado y medroso. Negó con la cabeza, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua por dos veces.

—Pues., no —negó, vacilante—. Lo siento. Yo pensé... El anuncio del *Mail* no decía nada de horario convenido y...

—Comprendo, señor. Pero el señor Murdock está muy ocupado y no sé si podrá hacer una excepción con usted... Espere un momento, se lo ruego. Dado el caso, intentaré que sea así.

—Sí, por favor, haga todo lo posible —suplicó el visitante—. Se lo ruego, señorita, es muy importante que le vea. Y sumamente urgente, además.

—Descuide —sonrió encantadoramente mi accidental secretaria, colgando con cuidado la rugosa gabardina—, ¿Puede darme su

nombre, por favor?

—Sí, claro, claro... —rebuscó en sus bolsillos y le tendió una tarjeta de visita—.

Dígale que no puedo esperar, que es algo grave y apremiante, señorita...

—Intentaré convencerle, pero no sé si será posible —prometió ella, caminando hacia mi despacho con breve y gracioso taconeo, que tenía la virtud de mover armoniosamente sus caderas y hacer vibrar sus firmes y menudos pechos bajo la blusa.

Entró, cerrando tras de sí. Me sonrió, tendiéndome la tarjeta.

—¿Lo hice bien, señor Murdock? —preguntó.

—Perfecto —aprobé—. No tengo un maldito caso entre manos, pero ha dado usted la impresión a ese hombre de que estoy de trabajo hasta el cuello. Gracias, señorita Lamont. Además, me ha dado suerte su presencia. Ese es mi primer cliente. Debo

confesarle que tiene usted en estos momentos el noventa por ciento de posibilidades de conseguir ese trabajo.

—Es muy amable, señor Murdock —suspiró ella, halagada—. ¿Le digo a ese caballero que pase?

—Por supuesto. Usted sabrá cómo adornarlo mejor que nadie —reí suavemente, echando una ojeada a la tarjeta—. Dígale que puede entrar. Recibiré al señor... Lennox,

¡Morton Lennox, dibujante! —terminé estupefacto, evocando de inmediato a *Sadix*, el terrorífico asesino creado precisamente por aquel visitante mío, mi primer caso.

Cuando menos, ése era el nombre y profesión que figuraban en su tarjeta de visita.

* * *

Me miró con ojos dilatados, más redondos y asustados que nunca.

—Sí —afirmó roncamente—. Soy el mismo Lennox que usted supone. El autor de *Sadix*, señor Murdock. Veo que tiene ahí el *Mail*, precisamente por la página cómica...

—Me gustan mucho sus tiras, señor Lennox —confesé—. Y me halaga que haya pensado en mí para ayudarlo. Le confieso que su nombre es el que más influyó en que le recibiera de inmediato, pese a mi trabajo...

—Se lo agradezco mucho —miró en torno, siempre inquieto, inseguro en su asiento—. No sabe lo importante que era para mí verle lo antes posible. Estoy en un terrible apuro.

—Cuénteme lo que le ocurre, y si está en mi mano resolver su caso, cuente con ello.

—Ante todo, fijemos sus honorarios por si ello puede influir en que me acepte como cliente...

—Bueno, mi tarifa es siempre la misma en casos normales: cien dólares diarios y gastos, señor Lennox.

—Mi caso no es normal, se lo aseguro —sus pupilas bailotearon casi cómicas en las órbitas—. Por tanto, le abonaré doscientos cincuenta diarios, más gastos, ¿le parece bien?

Asentí, mirándole con fijeza. Dominé mi sorpresa y mi complacencia lo mejor posible.

Realmente, aquél parecía un buen asunto. Al menos en el factor económico. Pero debía de ser cauto. Un cliente demasiado generoso no resulta a veces de fiar.

—Según sea su caso, señor Lennox, lo encontraré razonable —dije, cauteloso—. ¿Por qué no me lo cuenta con detalle? ¿Es algo... que pueda resolver la policía? Porque en ese caso, sería incorrecto e incluso ilegal que yo me ocupara de ello...

—No. La policía no puede hacer nada —negó.

—Bien. En ese caso, hableme de ello.

—Se trata..., se trata de un crimen. O de varios, para ser más exactos.

—¡Un crimen! —repetí sobresaltado. Le miré con reproche—. Eso, señor Lennox, no me concierne a mí, ya se lo advertí. Es cosa de la policía.

—No, no —rechazó—. Ya estuve en la policía. Se rieron de mí y me echaron de mala gana.

—Pero si es un caso criminal...

—*Será* un caso criminal, señor Murdock —me rectificó suavemente—. Esos crímenes... *aún* no se han cometido.

Le miré, estupefacto. Pensando que era el creador de una historieta como la de *Sadix*, no pude evitar preguntarme si estaba tomándose el pelo.

—Eso no tiene sentido, a menos que quiera denunciar un futuro hecho criminal, en cuyo caso será cosa también de la policía...

—No aceptaron mi denuncia, señor Murdock. Por eso estoy aquí.

—Bien. Le escucho. ¿A quién supone que van a asesinar?

—A *mi* —dijo, tajante.

La contemplé atónito, sin dar crédito a sus palabras. Parecía tranquilo, pero muy serio. No daba impresión de bromear.

—¿Quién desearía matarle, según usted, señor Lennox? —puntalicé, calmado.

—*Sadix*, mi personaje de las historietas —fue su respuesta—. Va a matarme, lo sé. Y

nadie podrá evitarlo, si usted rechaza mi caso.

CAPITULO II

Bruce McIntire era el director de programación de la emisora de televisión local KTLA, situada a sólo una manzana de la otra cadena local, la KTTV, en el 5800 de Sunset Boulevard.

Era un viejo amigo mío, de los tiempos en que yo pretendía abrirme camino en Hollywood como escritor de historias, especialidad en la que no llegué a obtener nunca demasiado éxito. De todos modos, de aquella época quedaban al menos las buenas amistades, como McIntire.

Atendió mi demanda de inmediato, examinando el dossier que su secretaria le llevó a la mesa despacho.

—Sí, Lew —me dijo—. Se hizo un programa grabado en video de *Sadix*, hace cosa de dos años. Sólo los trece primeros capítulos. La serie no cuajó, pese a la popularidad de la tira diaria, y se canceló el contrato a su creador, Morton Lennox. Es todo cuanto tengo al respecto. Sé que también se hizo algo en la radio, pero tuvo aún menos éxito que en televisión. Hay cosas que resultan en un medio y fallan en otro, misterios del mundo del espectáculo. De todos modos, el *comic* sigue dando de sí por lo que veo día tras día.

—Sólo en apariencia —comenté encogiéndome de hombros—. He hablado con los editores del *Mail*. Intentan exprimir al máximo el limón editando ese álbum de lujo, a veinticinco dólares el ejemplar. Están seguros de que el éxito de la serie se está acabando a pasos agigantados, conforme a los datos de *marketing* de la empresa.

—Entiendo. Lennox se ve en apuros, ¿eh? —McIntire meneó la cabeza—. Es un buen dibujante y un excelente guionista. Tiene imaginación. Tal vez halle otro personaje que renueve su éxito, nunca se sabe.

—Tal vez. Pero sólo vive para *Sadix*. Y creo que eso empieza a obsesionarle.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Bruce enarcando las cejas.

—No te lo creerías si te lo dijera —sonreí—. Dime, ¿recuerdas qué actor interpretó a *Sadix* en televisión?

—Cielos, por supuesto. Ahora trabaja en la serie «Pistol Parker».

—Oh, no me digas que fue Zachary Moore...

—El mismo —rió—. Veo que ves la televisión de vez en cuando...

—Me gusta la serie. Zachary es un buen actor, y «Pistol Parker» un excelente personaje de acción. De modo que él fue *Sadix*... ¿Le gustó el papel?

—Rotundamente, no. Es muy raro de carácter. Afirmaba que ese personaje es un monstruo repulsivo a quien nadie puede encontrar nada humano, y que su creador tenía que ser un drogadicto o un paranoico. Se sintió muy aliviado cuando la serie se canceló.

—Supongo que todo lo contrario que le sucedería a Lennox...

—Por supuesto. Quería demandarnos por incumplimiento de contrato y todo. Estaba frenético. Luego, al leer la letra menuda del contrato, su abogado le persuadió de la suspensión de rodaje era legal, y renunció de mala gana a toda reclamación. Aun así y todo, intentó venderle su idea a la KCOP. Pero no se la aceptaron, pese a su

disparatado golpe publicitario.

—¿Golpe publicitario? ¿A qué te refieres? —me intrigué.

—Mira, está aquí, en el dossier de esa grabación —me tendió algo que extrajo de la carpeta, una hoja de periódico completa—. Es una ocurrencia típica de Lennox. O está loco, o es listo como un demonio.

Tomé la hoja recortada de una publicación sensacionalista local. Ciertamente, su titular no podía ser más expresivo:

EL CREADOR DE *SADIX* AFIRMA QUE SU PERSONAJE EXISTE REALMENTE Y QUE

COME TE SUS CRIMENES EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES SIN QUE LA POLICIA LO

SOSPECHE SIQUIERA.

Lo que seguía era demencial. O lo parecía, cuando menos. Bajo una fotografía del propio Lennox, y una reproducción de sus tiras diarias, había otra fotografía de la serie de televisión, con el arrogante Zachary Moore en el papel del sádico criminal, y un relato ampliando aquel absurdo titular.

En él, Lennox afirmaba que un astuto y despiadado psicópata le

enviaba confidencias anónimas de sus crímenes en la ciudad, y que la mayor parte de violaciones, crímenes con mutilación y desaparición de personas, había que atribuirlos a ese siniestro personaje en quien se inspiraba para dibujar y recrear a su *Sadix*, con la tácita aprobación del auténtico asesino, muy complacido al parecer en su *ego* por ser inspi-rador directo de tan célebre criatura de ficción.

—Esto no se tiene en pie ni un momento —bostecé, devolviéndole el recorte a McIntire—. ¿Qué crees que pretendía al publicarlo? ¿Publicidad para conseguir otro contrato en la televisión?

—Sin duda. Si era así, no le resultó. Nadie hizo demasiado caso a su ridícula historia

—guardó todo en la carpeta, miró hacia mí, curioso, e indagó tras un breve silencio, con voz átona—: Dime, Lew, ¿qué diablos está ocurriendo *ahora* con Lennox?

—Algo más raro aún que eso —suspiré, poniéndome en pie—. Dice que quieren asesinarle. Me ha contratado para que le proteja y descubra a su hipotético criminal antes de que sea demasiado tarde.

—Eso me huele a nuevo truco publicitario para salvar a su historieta en declive.

—Pensé lo mismo cuando me lo dijo, después de sospechar que estaba como una cabra —sonreí encogiéndome de hombros—. Pero él es mi primer caso. Me resisto a rechazarlo así, sin más.

—¿Tiene alguna sospecha sobre quién puede desear su muerte?

—Desde luego. Y eso es lo peor de todo: asegura que *Sadix* desea matarle.

—¡Cielos, no! —boqueó McIntire, estupefacto. Me miró como si yo fuese un marciano o algo así—. Le deberías enviar al primer hospital psiquiátrico que se te ocurra.

—De momento, he aceptado su caso —reí—. Son doscientos cincuenta al día, más los gastos. No encontraré fácilmente un cliente tan generoso.

—Ni tan chiflado.

—Es posible. Pero ¿y si dijo entonces la verdad y existe ese psicópata asesino, por rara que resulte la historia?

—Yo no lo creo, la verdad. ¿Notaste si bebe o se droga?

—Puede que ambas cosas. Tiene las pupilas muy dilatadas, es nervioso, excitable, inseguro. Pero nadie tira por ese motivo doscientos cincuenta o trescientos al día.

—Si es neurótico, sí. Y si busca publicidad a costa de un profesional honesto como tú, también. ¿Piensas seguir entonces con esto?

—De momento, sí.

—Puedes convertirte en el hazmerreír de la ciudad. Y es tu primer caso, tú lo has dicho. Es jugar demasiado fuerte, ¿no crees?

—Me gusta el juego. Se puede ganar o perder, según los casos, Bruce. Gracias de todos modos por tu información —caminé hacia la salida—. Supongo que no sabrás de ningún enemigo personal de Lennox...

—Sí, de muchos —rió mi amigo—. Nadie le podía ver en la emisora durante el rodaje de la serie. Es impertinente, grosero, autoritario y violento. Nada le parecía bien.

Zachary Moore casi le pegó una vez, por rectificarle una escena. Jessica Talbot, la protagonista, acabó histérica y se despidió de la serie, dejando de rodar los dos últimos capítulos por culpa de las histerias de Lennox. Imagino que en el mundo de la prensa y las editoriales, tampoco contará con demasiados amigos dado su carácter.

—Lo tendré en cuenta —abrí la puerta y le despedí con un gesto—. A lo mejor un día te pido ver uno de esos capítulos de la serie...

—Los que quieras. Guardamos todos los videos grabados en la casa. Pero no pidas a Zachary Moore que te acompañe en la proyección, por favor —terminó con una risita.

* * *

El teniente Eider Knox, de la División de Homicidios de la ciudad de Los Angeles destapó la *-pizza* caliente que acaban de traerle y la contempló con aire crítico mientras hablaba:

—De modo que ese chiflado te fue también a ti con el cuento. Y has picado...

—Dijo que no le quisisteis ni oír.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —chupó sus dedos, tras depositar la

pizza en el plato de cartón—. Un tipo se presenta aquí y dice que su propio personaje va a matarle. Es como si alguien viniera a denunciarme que *Superman* le ha estropeado el césped del jardín. Ni siquiera aseguraba que hubiera un crimen. Sólo que iba a haberlo.

Y que él sería la víctima. Ese individuo está como una regadera, Lew.

—Es posible —acepté pensativo—. Otros aseguran que busca publicidad.

—Podría ser. Si es así, el Departamento no va a ayudarlo en sus trucos. Y tú cometerás un serio error si empiezas tu trabajo con un caso tan demencial.

—Lo sé. Y, sin embargo, algo me empuja a seguir investigándolo. No me preguntes por qué, Eider.

—Allá tú con las consecuencias —me ofreció *pizza*—.

—No, gracias. Acabo de comer en el *snack* de ahí al lado. Dime, Elmer, ¿qué trató de denunciar exactamente Lennox?

—Más o menos lo mismo que te endilgó a ti. Teme morir a manos de *Sadix*. Dice que ha notado que le sigue, le acosa. Incluso afirma haberle visto, tal como aparece en sus

historietas, con la gabardina negra de cuero, el sombrero de igual material, la máscara de goma en el rostro, representando a un rostro cadavérico y maligno, los negros guantes de cuero en sus manos. También asegura que ha oído su voz a través del teléfono. Y que le ha anunciado que le matará a él y a otras personas.

—Sí, es lo mismo que me contó. Parecía muy asustado. O es un excelente actor... o está realmente trastornado y cree de veras lo que dice.

—Lo curioso es que incluso nos dejó una grabación de esas llamadas —dijo el teniente Knox con la boca llena de *pizza*, tomando un trago de café.

—¿Qué? —le miré, sorprendido—. Eso no lo mencionó. No me habló de grabaciones...

—Bah, eso no significa nada por sí solo. Pudo grabarlo él mismo. ¿De veras deseas escucharla? La tengo aún por ahí, para devolvérsela si quiere. Al salir del Departamento, incluso se olvidó llevársela.

—Me gustaría oírla, sí. Es raro que olvidase mencionármela.

—Eso te demuestra que no anda muy fino el tal Lennox. Esos artistas siempre acaban trastornados, lo dije muchas veces. Espera a que almuerce y te complaceré,

¿vale?

—De acuerdo —asentí, sirviéndome café y acomodándome frente a él—. No tengas prisa. De momento, yo tampoco la tengo.

Terminó su almuerzo y me pasó una *cassette* por el magnetófono. No me aclaró gran cosa, pero hubiera jurado que la ronca voz sibilante que hablaba por teléfono con Lennox, no era la misma cuya. O había contratado a una persona para ese diálogo, o alteraba muy bien su propia voz. O bien la llamada era real.

La voz de su comunicante afirmaba pertenecer a *Sadix*, le amenazaba con su próxima muerte, y añadía que iba a matar a otras personas con su estilo habitual, cuajado de sadismo y crueldad. Terminaba con unas extrañas palabras que, sin poderlo evitar, lograron sobrecogerme, aunque mi sentido de la lógica pretendía inculcarme la idea de que todo aquello era un simple y vulgar montaje hecho por un neurótico o por un tipo demasiado listo.

Pedí oír dos veces aquellas palabras finales, y el teniente Knox me complació sin objeciones. Las escuché en silencio, pendiente de aquel susurro apagado y ligeramente sibilante, una voz masculina pegada al micrófono al otro lado de un hilo telefónico. Una voz aparentemente cargada de perversión, de odio... de maldad, en suma:

—No intentes librarte de mí, Lennox. No podrás. Yo siempre alcanzo a mis víctimas.

Yo nunca fracaso, tú lo sabes mejor que nadie. Estás sentenciado. Y los demás contigo.

Ninguno vais a libraros de mí. Y seré muy duro con vosotros. Muy cruel... Vuestra sangre correrá en breve. Copiosamente. Deseo esa sangre. Y la tendré... Nunca debiste crearme. Nunca. Yo te destruiré. Te mataré, Lennox...

Terminó la grabación. Elmer Knox me contempló ceñudo, mientras retiraba la *cassette* del aparato.

—No me dirás que crees una palabra de todo esto... —masculló.

—¿Por qué no? Puede ser auténtico o puede que no lo sea. Tal vez alguien odie lo suficiente a Lennox para desear su muerte. O simplemente asustarle. Y ése sería el medio. ¿Has sometido la grabación a una computadora para identificar la voz?

—No. Ya te dije que no me la he tomado en serio. Es ridículo.

—Puede que lo sea. Yo preferiría que me hicieras ese favor cuando te fuera posible, Eider —sugerí, poniéndome en pie—. Tal vez esa voz corresponda a alguna de las que tenéis registradas en los archivos policiales y la computadora pueda confirmarlo.

—Lo haré porque tú lo pides, pero no te tomes demasiado en serio este asunto. Creo que te están dando la novatada. Ningún detective privado realmente serio aceptaría el caso de Morton Lennox, estoy seguro.

—Pues yo lo he aceptado ya —suspiré—. Y de momento, no pienso volverme atrás.

Nos veremos otro día.

—Claro. Te llamaré cuando tenga los datos de la computadora —me prometió acompañándome a la puerta—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Este es un asunto para los psiquiatras, no para ti.

Tal vez tuviera razón, pensaba yo mientras me alejaba del Departamento de Policía de la ciudad de Los Angeles en mi modesto coche descapotable, bajo un cielo encapotado y triste, que hacía presagiar lluvia sobre la comarca en cualquier momento.

Fuese como fuese, el teniente Knox se equivocó en algo al hablar así. Sólo unas horas más tarde, me llamaba él mismo, pero no era para informarme sobre la grabación y su pase por la computadora.

Me telefoneaba desde el domicilio de Morton Lennox, dibujante de historietas.

Acababan de encontrar muerto a su ocupante.

Muerto, decapitado y con las manos cortadas a la altura de las muñecas.

Sólo media hora antes, el correo me había traído una carta mecanografiada, con la firma del propio Lennox, y un fajo de billetes de cien dólares, hasta un total de dos mil.

La nota decía simplemente:

«Temo que voy a ser alcanzado muy pronto por *Sadix*. Si es así, trate de que otras personas no sigan mi misma suerte. Le contrato para ello, me ocurra lo que me ocurra. Confío en usted, Murdock.

» *Lennox*.»

CAPITULO III

No era un espectáculo agradable.

La camilla de la ambulancia se llevó el cuerpo incompleto de Morton Lennox, con un horrible hueco en la sábana, allí donde debería estar su cabeza. Sus manos, también ausentes del cadáver, se notaban bastante menos.

Miré a mi alrededor, con las manos en los bolsillos, procurando sentirme fuerte y no vomitar. No resultaba fácil ante la visión de tanta sangre. Había chorreones por todas partes: suelo, paredes, incluso techo. Sangre por todas partes, como en un matadero.

Pero seguían faltando la cabeza y las manos de Lennox. El registro exhaustivo de los agentes de Homicidios no había conseguido gran cosa. En la casa no parecían estar los humanos restos ausentes.

—Es un crimen abominable —comenté sin necesidad alguna.

—Y tanto —aprobó Knox con un chasquido de la lengua—. Propio de *Sadix*, desde luego.

—No me digas que ya tomas eso en serio —protesté con triste sonrisa.

—Es un decir. He ojeado algunas de sus historietas. Es la forma en que comete sus fechorías, ¿no?

—Sí, algo parecido. Siempre mutila a sus víctimas, es un detalle macabro más. Pero supongo que el Departamento no tendrá a *Sadix* en su lista de sospechosos...

—Muy gracioso —rezongó el teniente, paseando por la sangrienta estancia hasta asomarse a la ventana y contemplar los altos edificios circundantes—. Me pregunto cómo entraría aquí el asesino. La puerta estaba cerrada por dentro. Sólo esta ventana estaba entreabierta y las demás totalmente ajustadas. Pero observa: es un noveno piso, no hay escalera de incendios y abajo está ese callejón lateral.

—Pudo escalar la pared o descender desde la azotea —sugerí—. *Sadix* lo hace así en muchos de los episodios.

—Al diablo con eso, Lew. Buscamos un asesino de carne y hueso, no uno de papel.

Tu teoría pudo ser cierta. Alguien que odiaba a Lennox le asustó primero... y le liquidó después, adornando la escena con todo el sadismo propio del caso.

No dije nada. Estaba observando los largos regueros y manchas de color rojo oscuro en la moqueta, en los muebles, en los muros. El trazo en tiza de la silueta del cadáver descabezado y sin manos, sobre el pavimento, destacaba como un grotesco dibujo que el propio Lennox no hubiera podido mejorar en sus tiras diarias del *Mail*.

—¿Con qué clase de arma se hizo esto? —quise saber.

—Una muy especial —resopló, señalándome algo—. Mírala.

Me volví. Había desenvuelto un fardo alargado de plástico opaco, sobre una mesita de centro. Me quedé de una pieza. Era un arma extraña, la verdad. Una especie de espada corta o machete, pero de hoja delgada, serpenteante, de afilada punta redondeada. Había visto algunas así en viejas películas coloniales y en catálogos de armas blancas exóticas.

Era un *kris* malayo. En ciertos lugares de allí, especialmente en Malaca, se usaba en

tiempos para cortar cabezas enemigas. Estaba empapado en sangre seca.

—No podía ser por menos —suspiré—. Un *kris*. Un arma exótica, muy propia de *Sadix*. Ni Lennox hubiera podido imaginar algo más rebuscado para su historieta.

—No hay ninguna otra arma manchada de sangre en la casa. Se analizará en los laboratorios por si pudiera haber algún error en ello —me explicó Knox—, ¿Alguna idea?

—No, ninguna aún —me quejé—. Estoy tan desconcertado como puedas estarlo tú.

Te confieso que tomé en serio a Lennox sólo en cierto modo. Por otro lado, me temía un truco publicitario para relanzar a su personaje. Veo que me equivoqué en eso.

—No estés tan seguro de eso. Puede que realmente planeara un golpe de publicidad morbosa muy en su estilo. Y, de repente, alguien aprovechó su truco para jugarle una mala pasada y hacer realidad sus fantasías de artista en declive.

—No deja de ser una interesante posibilidad —admití, echando una ojeada de cerca a la exótica espada malaya—. ¿Vivía solo aquí?

—Completamente solo, sí. Su mujer le dejó hace tiempo.

—¿Estaba casado?

—Casado y separado. No sé si divorciado, ya lo comprobaré. No pudo aguantarle ni ella, seguro. Toda la vecindad dice que era un tipo raro, excéntrico y de carácter avinagrado y orgulloso. No tenía muchas simpatías por aquí.

—Ni por ninguna parte, a lo que se ve. ¿Ninguna familia más que su ex mujer?

—Otra chica, una amiguita. Pero nada formal. Venía por aquí con cierta frecuencia, según dicen. Una pelirroja imponente, modelo publicitaria o algo así. El vecino de al lado dijo que la había visto a veces por la televisión en *spots* comerciales, anunciando perfumes y champús, casi siempre semidesnuda o en bikini. Una hembra de campeonato, según él.

—Ya. ¿No sabes su nombre?

—No, pero será fácil averiguarlo.

—¿Y el vecino?

Knox me miró ceñudo. Pasó las hojas de su bloc, consultando algo.

—Tracy Wallace, ejecutivo de una firma de alta confección. Un tipo elegante y remilgado que parece observarlo todo.

—¿Se llevaba bien con Lennox?

—Regular. Dice que se veían poco. Había tenido algún roce con él por motivos fútiles, pero nada serio. De todos modos, no habló bien de Lennox. Parece ser que cuando bebía demasiado se ponía insoportable, ponía la música a gran volumen y gritaba y cantaba en su casa, mientras rompía cosas o intentaba dibujar viñetas de su historieta, que luego aparecían en el cubo de la basura, borradas a churretes rojos.

—Vaya tipo mi cliente —comenté, moviendo la cabeza—. De todos modos, nada de eso justifica un asesinato.

—Claro que no. Te lo cuento para que veas las pocas simpatías de que gozaba el desdichado. No me extraña que sufriera manías

persecutorias.

—Que han terminado por justificarse. ¿A qué hora calcula el forense que pasó?

—Entre cinco y ocho de la tarde. La autopsia puede que sea más concreta.

—Ya. ¿Cómo lo encontraron?

—Estaba la puerta entreabierta. Tracy Wallace, el vecino, se extrañó al verla así cuando volvía a su casa alrededor de las nueve. Dentro, la música sonaba a todo volumen. Llamó para que Lennox cerrase. No le respondieron y entró en la casa, encontrándola vacía, y con esta alcoba cerrada por dentro. Se inquietó y avisó al conserje. Este revisó el piso y llamó a la patrulla. Así me avisaron a mí, una vez violentada la puerta y encontrado el cuerpo.

—De modo que Tracy Wallace encontró el cadáver..., aunque no lo viera por sí mismo.

—Algo así. Fue el que dio la alarma, cuando menos.

—Supongo que nadie oyó nada...

—Eso parece. Ni ruido de lucha, ni voces, ni nada. Claro que el tocadiscos estaba a toda potencia, ya te lo dije. Pero como eso era costumbre suya si estaba bebido...

—Supongo que la autopsia dirá si tenía mucho alcohol en sus venas...

—Claro. Aunque imagino que esta vez sería el asesino quien elevaría el volumen de la música para ahogar todo posible ruido. Me temo que va a ser un asunto difícil.

—Ya puedes jurarlo —asentí, tendiéndole la nota mecanografiada que recibiera aquella misma tarde por correo—. Lee eso, y juzga, Eider.

El teniente la leyó con el ceño arrugado. Me la devolvió, mirándome pensativo.

—¿Y qué piensas hacer? —indagó.

—Seguir con el asunto, claro. Lennox me pagó para eso. No puedo fallarle.

—Escucha, Lew, esto es un caso de asesinato. No te afecta a ti. Es cosa

nuestra, de la policía y nada más. Tal vez del FBI, incluso. Ya sabes, mutilación y todo eso. Pero un detective privado no tiene que mezclarse en esto.

—Ten por seguro que si te metes en terreno que sea nuestro, no dudaré en hacerlo.

Los detectives privados sólo investigan crímenes en las viejas películas o en los telefilmes, recuérdalo. La ley es muy concreta en ese sentido, deberías saberlo.

—Lo sé, Eider, pero también sé que nadie puede prohibirme que vele por la seguridad de otras personas. Eso sí forma parte de mi trabajo.

—¿De qué personas? Lennox ni siquiera te dice ahí quiénes pueden peligrar. ¿Te lo mencionó personalmente acaso?

—No —admití—. No dijo nada. Sólo temía entonces por sí mismo. Y con toda la razón, por lo que se ha visto. Tendré que averiguar quiénes más corren el peligro de morir a manos de ese sádico criminal.

—Haz lo que te dé la gana, pero procura no cruzarte en nuestro camino, es una advertencia amistosa. No me gustaría tenerte que dejar sin negocio.

—Lo recordaré, gracias por el aviso —dije irónicamente, camino de la salida. Me paré cerca de la puerta, rasqué mis cabellos y me volví a Knox, que me miraba ceñudo, para preguntarle ingenuamente—: Supongo que el conserje no vio entrar ni salir a nadie sospechoso entre cinco y ocho, ¿verdad?

Las cejas del teniente se arquearon, me miró largamente y gruñó, encogiéndose de hombros:

—Te equivocas, Lew. Vio entrar y salir a dos personas que dieron su nombre en conserjería, conforme está reglamentado en este edificio: una de esas personas era pelirroja, exuberante, y dijo llamarse Sylvia Lang, por lo que supongo que será la

amiguita de Lennox.

—¿No lo sabe el conserje? —dudé.

—No puede saberlo. Es nuevo. El anterior se despidió hace poco, y éste lleva solamente una semana en el puesto. Era la primera vez que

veía a la pelirroja.

—¿Y el otro visitante?

—Fue un hombre. El nombre que dejó al conserje fue el de Zachary Moore.

—¡Zachary Moore! —exclamé asombrado.

—¿Le conoces?

—Claro. Y seguro que tú también —reí—. Protagoniza en la televisión todos los sábados la serie «Pistol Parker». Pero antes interpretó a *Sadix* en otra serie... y aborrecía tanto ese papel como al propio creador, Morton Lennox. Hasta otro día, amigo Eider.

Cerré suavemente, mientras le oía jurar entre dientes, camino del teléfono.

Confieso que salí del edificio de apartamentos bastante preocupado y sin ver demasiado claras las cosas. Me detuve lo justo para hablar con el conserje. Era un joven afable y cordial, de cabello rubio, que parecía lucir su uniforme de trabajo como si éste fuese el de un general en pleno desfile militar. Me confirmó que la pelirroja dijo llamarse Sylvia Lang, y silbó cuando le pedí una descripción de ella. Ese silbido fue más elocuente que su propia forma de describirla. En cuanto a Zachary Moore, no había dudas. Admitió que era él en persona, porque le había visto muchas veces en la TV. Por cierto, añadió que al salir de visitar a Lennox, iba con gesto furioso, congestionado el rostro, como si hubiera tenido una escena desagradable con él.

Las horas respectivas de visita habían sido las seis menos veinte minutos para la dama, que abandonó la casa a las seis en punto, y las siete y cinco para Moore, que sólo estuvo diez o doce minutos arriba. Tomé buena nota de todo eso y me marché.

Me acosté después de pasar en limpio todos los datos obtenidos en torno al asesinato de Lennox, para que al día siguiente mi secretaria los ordenase en fichas de archivo adecuadamente. Porque para ese momento, ya había tomado una firme decisión al respecto: no buscaría más. Maud Lamont sería mi secretaria definitiva.

Pensaba que ella me había traído suerte en cierto modo. Con ella llegó mi primer cliente.

El hecho de que ese cliente estuviese muerto ahora, no significaba nada. El siempre había temido algo así. Y de todos modos, seguía siendo mi cliente. Me había pagado mis honorarios de varios días, y debía cumplir con él, aunque fuese a título póstumo.

Mi ética me lo exigía, dijera lo que dijera el teniente Knox.

Cuando a la mañana siguiente estaba desayunando huevos con bacon y café en el *snack* inmediato a mi oficina, me reafirmé más que nunca en esa idea.

Porque las noticias del boletín matinal, en la emisión de la KTLA local, me trajeron de la voz y la imagen del presentador de turno, una información nada agradable y sí terriblemente significativa.

Aquella misma madrugada, alguien había asesinado brutalmente a Sylvia Lang, una pelirroja y opulenta modelo de publicidad, especializada en anuncios de champúes y perfumes exóticos.

Su cadáver había aparecido en la bañera de su domicilio de Bel Air, con los senos

seccionados limpiamente por el asesino. Ninguno de ambos pechos había aparecido en la escena del crimen. Sylvia Lang había muerto desangrada en el agua, con un tajo de oreja a oreja que seccionaba su garganta salvajemente.

El crimen era idéntico al de un personaje femenino de uno de los crueles episodios del *comic* de *Sadix*, según comentó lúgubrementemente el locutor. Y lo ilustró con una escalofriante escena de la serie que ellos mismos habían emitido tiempo atrás.

Se me estropeó la digestión del desayuno, y corrí a la oficina para preparar el trabajo del día con la desagradable impresión de que no estaba siéndole nada útil al difunto Lennox, puesto que en sólo veinticuatro horas escasas me había quedado sin cliente y sin una de las víctimas amenazadas por el siniestro asesino.

* * *

Maud me mostró el informe perfectamente mecanografiado y las fichas correspondientes a Morton Lennox y a los personajes que, por el momento, habían intervenido de un modo u otro en el caso. Asentí, complacido.

—Perfecto, señorita Lamont —aprobé—. Me alegra haberla elegido de

modo definitivo para el puesto. Archive todo eso, por favor, y hágame unas cuantas llamadas.

Aquí tiene los números correspondientes.

—Sí, señor Murdock —asintió mi rubia secretaria con tono eficiente, encaminándose a su mesa de trabajo en la antesala de mi despacho—. Y puede llamarme simplemente Maud, señor. Resultará menos protocolario, al menos cuando no hay clientes delante.

—De acuerdo, Maud —sonreí—. Gracias por la confianza.

Hizo las llamadas una a una, pasándomelas a medida que comunicaba con las personas requeridas. Hablé con el teniente Knox, que no me aclaró gran cosa sobre la muerte de la modelo en Bel Air. Sylvia Lang ocupaba un *cottage* en esa elegante y cara zona de Los Angeles, era una modelo muy cotizada en el mundo de la publicidad filmada, y resultaban extrañas sus posibles relaciones íntimas con un tipo como Lennox, ya que ella tenía admiradores de gran posición, la mayoría más jóvenes y atractivos que el difunto dibujante. Pero así son las cosas a veces. Vivía sola, fue hallada muerta por la mujer que hacía las faenas de limpieza en su vivienda, y según el forense había debido morir entre las tres y cinco de la madrugada. No se había hallado el arma homicida ni tampoco los pechos seccionados. Parecía obra de un experto la mutilación, por su limpieza y precisión de cirujano. Nada hallado en la casa la relacionaba con Lennox, a excepción de una fotografía de ambos, en un álbum, y una copia en video, en la video teca de la difunta, con dos de los episodios de la serie de *Sadix* emitida por la KTLA. Por cierto, en uno de ellos figuraba la propia Sylvia Lang como actriz en un papel secundario. Eso era todo por el momento.

McIntire, de la emisora de televisión, me confirmó que conocía ya ambos hechos criminales y estaba aterrado. Recordaba a Sylvia Lang por su *spots*, exhibidos en emisiones publicitarias de la propia casa, así como por algunos papelitos en series de telefilms o grabaciones en video. Confirmó que había trabajado en un capítulo de *Sadix*, por recomendación expresa del propio Lennox. Siempre había sido una buena

chica, algo frívola, deseada por muchos hombres y dada a caprichos costosos. Tuvo un pequeño romance con Zachary Moore tiempo atrás, pero eso parecía acabado, como tantos otros romances del conocido actor.

La tercera y última llamada fue para un amigo mío en el Registro Civil

de Los Angeles.

Gracias a él, supe que la esposa de Morton Lennox se llamaba de soltera Sharon Murray, era natural de Minnesota y no figuraba oficialmente como divorciada. Su profesión en el certificado de matrimonio, era la de fotógrafo.

Revisé las páginas amarillas buscando una Sharon Lennox fotógrafo de profesión, sin demasiadas esperanzas de dar con ella, para ser sinceros. Me llevé un chasco.

Allí figuraba, y además en un anuncio recuadrado:

SHARON M. LENNOX

FOTOGRAFIA DE ARTE

Y ARTICULOS FOTOGRAFICOS

La dirección era en un lugar tan céntrico como Wilshire Boulevard. No utilicé el teléfono, sino que dejé trabajando a Maud y salí disparado hacia allá.

Estaba comenzando a llover ligeramente, y soplaba un aire fresco y húmedo, no demasiado molesto. Cuando llegué a

Wilshire busqué el número de la guía. Encontré una pequeña tienda en una planta baja, y un estudio en el piso superior, con el nombre de «Sharon, Fotografía de Arte».

Empujé la puerta vidriera, que hizo tintinear una campanilla, y entré en el establecimiento, dedicado a la venta de cámaras, película, filtros y demás material. Un luminoso señalaba una escalerilla de caracol hacia lo alto: «ESTUDIO DE ARTE.»

—¿Sí? ¿Qué es lo que desea? —preguntó una voz femenina.

Me volví. Unas piernas estupendas bajaban por la escalera espiral. Siguió un cuerpo acorde con esas admirables extremidades. Y un rostro levemente maduro pero atractivo, bajo un cabello cuidadosamente teñido de un gris ceniza muy suave.

—Busco a Sharon Lennox —dije.

—Yo soy Sharon Lennox —me respondió—. ¿Quién es usted? ¿La policía?

—No —negué—. ¿No ha estado aún aquí la policía?

—No ha estado. La esperaba en cualquier momento. Por eso pensé...

La estudié atentamente. Tenía labios delgados pero firmes, nariz recta, ojos grises y facciones agradables. Su cuerpo esbelto hacía juego con sus bonitas piernas. Poseía cierta elegancia natural. Y comisuras algo amargas en torno a la boca.

—Pues no. Sólo soy detective privado —le tendí mi tarjeta—, Su esposo me contrató.

—Entiendo —echó una ojeada indiferente a la cartulina—. ¿Y qué espera de mí, señor... Murdock?

—Aún no lo sé. Ayer asesinaron a mi cliente. Esta madrugada, a una amiga suya.

—Oí la noticia en la radio —asintió—. Sylvia Lang, ¿eh?

—Sí. ¿Sabía que eran amigos?

—Sabía que eran amantes —me rectificó fríamente—. No sentí celos nunca. Ya no había nada entre Morton y yo. Era algo acabado.

—Pero usted es ahora su viuda. No llegó a divorciarse de él, ¿verdad?

—Verdad. No lo creí necesario. Ni él tampoco. Hacíamos cada uno nuestra vida. No fui su única esposa. Tuvo otra, de la que enviudó antes. Pero aun así, lamento su triste final. No fue nunca un buen hombre. Más bien podría decir de él que fue un cerdo, un miserable engreído e insoportable.

—No es muy piadosa con los muertos —sonreí.

—Sería hipócrita decir otra cosa. Además, ni siquiera puedo estar aún segura de que realmente *esté muerto*.

—¿Qué quiere decir? —me extrañé—. Le encontraron decapitado, en su propio piso...

—¿Y qué? ¿Hallaron su cabeza?

—No.

—¿Y sus manos?

—Tampoco.

—¿Lo ve? —rió nerviosamente, y sacó un cigarrillo de detrás del mostrador, ofreciéndome a mí. Lo rechacé con un movimiento de cabeza. Encendió el suyo, y añadió—: No pueden comprobar con seguridad que sea él. Ni huellas dactilares... ni rostro ni cabellos. Nada. Sólo un cuerpo. Podría ser cualquiera.

—En eso tiene razón —acepté sorprendido—. No se me había ocurrido.

—A mí, sí. Conozco demasiado a Morton. Sería capaz de eso y de mucho más. Esto podría darle mucha publicidad si luego aparecía vivo. Su historieta se volvería a poner de moda.

—No creo que valga la pena eso, a cambio de terminar en la cámara de gas o en presidio de por vida. Si él mató a otro para ocupar su puesto...

—No, tal vez sólo alquiló un cadáver para montar su escena.

—Imposible. Aquel cuerpo sangró como en un matadero. Además... está la muerte de Sylvia esta madrugada. ¿Cree que él mataría a dos personas para vender más su historieta o para que su personaje volviera al cine y la televisión?

—Por eso, señor Murdock, Lennox mataría a cuantas personas fuera necesario —

aseguró con helada firmeza aquella mujer, mirando fijamente hacia mí, sin pestañear.

CAPITULO IV

Mi siguiente visita aquel día fue a los estudios de televisión de la KTLA, situados en una zona de Burbank donde antes se alzaron los de una productora cinematográfica de fugaz popularidad en los tiempos dorados de las películas en technicolor.

Gracias a McIntire, Clarence Ryder, productor ejecutivo de la casa en muchas de sus producciones filmadas o grabadas en video, me recibió en un plató donde se rodaba una nueva serie de aventuras de gran espectáculo ambientada en la época de Marco Polo. Chinos, mercaderes venecianos y toda clase de extras exóticamente ataviados deambulaban por doquier bajo los focos. Ryder, un hombre fornido, canoso y de aspecto saludable, con la mandíbula tan cuadrada como una caja de zapatos, me recibió cordialmente, y se dignó hacer un alto en su trabajo para charlar conmigo en la cercana cafetería del Estudio, donde se rodaba al aire libre una movida secuencia de telefilme policíaco, con abundancia de tiros —con armas de fogeo, naturalmente—, y los pandilleros y los policías de uniforme corrían de un lado para otro seguidos por las cámaras de filmación.

En aquel ambiente relativamente tranquilo, Ryder escuchó mis palabras iniciales y luego asintió, pensativo.

—Sí, Murdock, nuestro común amigo McIntire le ha enviado al hombre adecuado, sin duda —admitió—. Yo fui el productor de la serie *Sadix*. Y algo más que eso: dirigí la mayoría de sus episodios y colaboré en el guión con el propio Lennox. No es fácil que olvide esa experiencia, créame.

—¿Tuvo problemas acaso? —indagué, al ver que concluía de decir todo eso con una amarga sonrisa.

—¿Problemas dice? —se llevó las manos a su blanca cabeza—, ¡Todos los del mundo, amigo mío! Lennox era un psicópata en muchos aspectos, no sólo un simple neurótico. Creía tanto en su personaje, que lo mimaba hasta extremos ridículos. Le molestaba que en la serie pudiese resultar odioso, poco creíble o grotesco. Estaba rectificando siempre mis guiones, quería añadidos o supresiones a su antojo, y no ce-saba de poner objeciones a todo el trabajo de modo constante. Cuando era yo quien le rectificaba las escenas escritas por él, por considerarlas demasiado crueles e incluso brutales, se ponía por las nubes y era imposible razonar con él. Su intolerancia en muchos

puntos hizo que el rodaje a veces se demorase semanas enteras. Cuando la serie terminó, antes de lo previsto, me sentí casi feliz, a pesar de que inicialmente había sido el primero en entusiasmarme con la idea de llevarla a la pequeña pantalla.

—¿Cree que todo ese ambiente de trabajo se reflejó en el resultado?

—Por supuesto. La serie fue un fracaso para lo que se preveía, y yo lo achaco en gran parte a la actitud de Lennox y a su influencia en los guiones.

—¿No resultaba casi enfermiza tal devoción por un personaje tan negativo y siniestro como *Sadix*? —sugerí.

—Más que eso. A veces, llegué a pensar que, para Lennox, hombre de vida oscura y de gris personalidad, *Sadix* era algo así como lo fue «Míster Hyde» para Jekyll: es decir, su «otro yo». El monstruo que todos llevamos dentro, vaya.

Creo que fue una suerte para todos que se limitara a serlo en unas viñetas dibujadas, porque de otro modo, el propio Lennox hubiera sido capaz de llevar a cabo las atrocidades que su personaje realizaba.

—Tal vez le faltaba valor para eso.

—Sin duda. Era más bien cobarde. Cuando Zachary Moore se encaró con él y llegó a abofetearle durante el rodaje de una escena, airado por sus reiteradas interrupciones, Lennox palideció, vi el odio y la rabia en sus ojos, pero se contuvo y se retiró en silencio, sin replicar a Moore. Creo que en ese momento, de tener valor suficiente, le hubiera matado. Sí, lo de Lennox con su *Sadix* era casi paranoico, se lo aseguro.

—De modo que tuvo problemas serios con Moore.

—Infinitos. Admito que Zachary es un hombre poco sociable y dado a la violencia, pero es que Lennox lograba excitarnos a todos. Incluso Jessica Talbot llegó a tener un enfrentamiento con él, sufrió un ataque de histeria y hubo que aplazar dos días el rodaje de una escena por culpa del incidente.

—Me gustaría hablar con los dos, con Moore y con Jessica Talbot, señor Ryder,

¿cuándo sería ello posible?

—Ha tenido suerte —sonrió el productor y director de TV—. Ahora mismo. Ambos trabajan en mi nueva producción, y tienen una escena de inmediato. Venga conmigo, Murdock. No creo que pongan ninguna objeción.

Volvimos al plató. A Zachary Moore, el arrogante y bello galán de la pequeña pantalla, ídolo de California, no pareció gustarle demasiado la entrevista, pero accedió de mala gana, a instancias de Ryder. Jessica Talbot fue distinta. Era una muchacha menuda, suave, encantadora de modales y muy atractiva. Su cabello era de un rojo suave, cobrizo, aunque ignoraba si era producto de la naturaleza o de los tintes. Pero encajaba bien con sus ojos color verde azulado.

—¿Hablar de Lennox y de *Sadix*? —ella se encogió de hombros—. Lo que quiera, pero no hay muchos recuerdos agradables de todo eso, señor Murdock.

—Lo sé. Pero trabajaba para Lennox como investigador privado, y aunque él ha muerto, debo seguir mi tarea puesto que me pagó para ello. Tengo informes de que no era muy simpático a la gente.

—Cielos, claro que no —Jessica me miró abriendo mucho sus bonitos ojos—. Nada simpático, créame. Era áspero, irritante, a veces incluso grosero. Nunca trabajé con un tipo tan poco agradable como él, pese a que en esta profesión abunda más lo malo que lo bueno.

—¿Cree que sentía por su personaje demasiada admiración?

—Creo que estaba loco. Para él, *Sadix* era su vida entera. Nunca entendí cómo a la gente puede gustarle un antihéroe semejante, capaz de las mayores atrocidades.

—El mundo siempre tiene un lado morboso para ser complacido —sonreí—. ¿Por qué han gustado Drácula, Fantomas, Fu Manchú y otros? Porque a veces la gente querría el «malo» de la película, no el héroe simpático y altruista. Tal vez todos tengamos un poco, si no mucho, de Jekyll y Hyde. Es la fascinación del mal, de lo perverso, dentro de nuestra moral de siglos que tantos impulsos reprime.

—Tiene usted razón —suspiró la joven actriz—. De no ser así, lo de *Sadix* no tendría

explicación alguna. Personalmente, me alegré de que la serie terminara. No hubiese podido soportar más escenas de horror como aquéllas, ni siquiera fingidas para una película. Tuve la sinceridad de decirlo así en público al terminar el rodaje. Lennox estaba presente,

me miró de un modo que producía escalofríos y me dijo algo así como: «No sabe lo que dice. *Sadix* es más real y humano de lo que usted cree, y tal vez algún día lo sepa por sí misma.» Dicho eso, se ausentó y no volví a verlo.

—¿Tuvo miedo de él cuando le oyó decir eso?

—Sí. Mucho miedo —confesó ella—. Temí incluso por mi persona. Era como una amenaza velada, siniestra. Por un momento, él mismo parecía ser *Sadix*. aunque sé que esto que digo es una tontería.

—Tal vez no sea tanta tontería como imagina —dije, preocupado. Me volví a Moore, que escuchaba la escena con gesto sombrío—. Dígame, señor Moore, ¿está usted de acuerdo con la señorita Talbot?

—Claro que no. A mí ese tipo no me daba miedo alguno. Era un cretino molesto y desagradable, pero nada más. Creo que no tenía valor ni para matar a una mosca. Pero odiaba a la gente, eso sí. Personalmente, le considero un simple neurótico.

—Un neurótico, a veces, puede ser un asesino —sugerí—. La neurosis criminal se encuentra muchas veces en el mundo del delito, señor Moore.

—De ser así, ya estaría yo muerto hace tiempo —dijo el galán soltando una carcajada estruendosa—. Me odiaba como a nadie en este mundo, estoy seguro. Sobre todo, desde que le sacudí un bofetón por enfurecerme en una escena.

—¡Qué pasó para que usted perdiera así los estribos?

—Yo los pierdo fácilmente —dijo él con sequedad—, Pero en esa ocasión tuve toda la razón del mundo, Ryder se lo puede confirmar. El tipo no paraba de interrumpir.

Quería la escena a su gusto. Y acabó diciendo que yo era un *Sadix* ridículo y que jamás podría convencer a nadie de que era un malvado inteligente y astuto. Eso me soliviantó y le pegué. Esperaba que se revolviera, pero se marchó calladamente, y casi me sentí culpable entonces.

—¿Por qué motivo, en ese caso, visitó usted a un hombre tan aborrecible, en su propia casa, el mismo día en que murió.

Moore me miró como si le hubiera picado con un aguijón. Si no me daba una bofetada a mí también, es porque estaba seguro de que yo se

la devolvería con creces.

—Ya se lo he contado varias veces a la policía —gruñó—. Me citó en su casa para las siete de esa tarde. Yo acudí a verle, y estuve apenas diez minutos, creo que menos.

—Según mis datos, unos doce minutos aproximadamente. —Bien, ¿y qué? No pretenderá sugerir que yo fui allí a matarle...

—Sólo digo que estuvo hasta las siete y diecisiete minutos, aproximadamente —

repose con suavidad—. Como murió entre cinco y ocho, pudo estar muerto cuando usted se fue, cuando usted llegó... o después de irse usted.

—Cuando llegué estaba vivo y bien vivo —silabeó Moore fulminándome con la mirada de sus ojos fríos y penetrantes—. Cuando me fui, también.

—¿Por qué quería verle y por qué acudió usted a su cita? Resulta cuando menos poco lógico en unas personas que se apreciaban tan poco...

—Había un motivo personal —dijo con desagrado Moore, desviando la mirada—.

Yo... yo tenía relación íntima con una mujer que, al parecer, también tenía algo con él. No entiendo qué pudo ver en Lennox, pero era así. Me telefoneó ese día, diciéndome que le urgía hablar conmigo porque sabía algo de esa dama que yo debía conocer lo antes posible. Primero pensé en no hacerle el menor caso. Pero había algo insidioso en su tono, y acudí a verle.

—¿Y bien? ¿Qué le dijo de esa dama, que supongo sería la también difunta Sylvia Lang?

—Supone bien —Moore torció el gesto—. Maldito Lennox, tenía la mente enferma, sucia. Me dijo que la había dejado porque descubrió que Sylvia era lesbiana y tenía relaciones con una mujer más joven que ella. Me mostró fotografías obtenidas con una Polaroid, en que se veía a Sylvia abrazada a una joven muy atractiva, en un club nocturno y en un paseo frente al mar, un día nublado y triste.

Incluso me mostró otra aún peor, dentro de un coche, en que se veía a Sylvia acariciando los senos desnudos de esa misma mujer. Sentí asco

de todo eso y le dije qué pretendía. Se echó a reír y me dijo que a él todo eso le daba igual, porque incluso excitaba su morbo, pero que si llegaba a saberse que un actor como yo se relacionaba con una lesbiana, eso podría hundir mi carrera, ya que el público espectador de la televisión es eminentemente familiar y puritano.

—¿Tenía razón?

—Infiernos, claro que sí. Pero era jugar sucio, y estuve a punto de pegarle otra vez.

Se reía de todo eso, me enfurecí y me marché.

—¿Se llevó usted esas fotografías?

—No, claro que no. Me repugnaba sólo verlas. Se quedó con ellas. Y yo telefoneé a Sylvia, rompiendo nuestra relación personal. El muy cerdo se salía así con la suya.

—Esas fotografías no se encontraron nunca en el piso de Lennox. El asesino debió robarlas —suspiré—. Supongo que usted no conocía de nada a la otra mujer...

—¿La lesbiana de las fotos? No, claro que no. Era joven, buen tipo. La cara no se veía muy bien, ya le digo que eran fotos hechas rápidamente, defectuosas, sorprendiendo a las dos en situaciones íntimas... Puede que fuese rubia o pelirroja, ni siquiera recuerdo eso.

—Mira que confundir a rubias con pelirrojas... —se echó a reír Jessica Talbot, acariciándose su bella melena roja—. Debías estar muy furioso para no advertir la diferencia.

—Imagina —resopló Moore, encajando las mandíbulas—. Pude haberlo matado.

Pero no lo hice, claro está.

—Esa forma de matar, ¿no encaja perfectamente en *Sadix* y sus métodos?

—Claro. Lennox creó un monstruo y éste lo devoró.

—¿Eso quiere decir que *Sadix* existe, según usted? —pregunté, rápido.

—¿Existir? No, claro que no. Es sólo un asesino de papel, una obra de un pincel y una pluma, Murdock. Pero alguien, un chiflado de esos que andan por las calles todos los días, se ha atribuido el papel y lo

está interpretando a conciencia.

—Mucho mejor que usted, ¿no? —sonreí irónico.

—Yo soy un actor, no un asesino —me atajó, seco—. Pero quienquiera que sea el

loco criminal, lo hace muy bien. La muerte de Lennox, la de Sylvia... han sido terribles repeticiones de las historietas de ese monstruo. ¿Quién cree que puede haber sido capaz de tan demencial comportamiento?

—No lo sé, señor Moore —me encogí de hombros—. Como usted dijo, hay mucha gente loca andando por ahí. Es muy posible que un psicópata deambule por las calles, creyendo ser *Sadix* en carne y hueso. Ha ocurrido otras veces con otros personajes siniestros parecidos. Una vez, un chiflado mataba mujeres y chupaba su sangre, creyendo ser el Conde Drácula... Bien, les dejo. Han sido muy amables conmigo. Si alguna vez quiero comunicarme con ustedes, espero que no les moleste mi insistencia.

—Haga lo que quiera. Mientras no tenga trabajo... —Moore sacudió la cabeza y me tendió una tarjeta de visita—. Aquí tiene mis señas, en Inglewood.

—Yo no necesito entonces darle las mías —terció Jessica Talbot—. Vivo justo enfrente de Zachary, en el mismo edificio de apartamentos. Si me necesita, no dude en llamarme o visitarme. Le atenderé gustosa, señor Murdock.

—Gracias —la miré complacido, y ella me sonrió con su dulce encanto femenino—.

Si es posible, no abusaré de su amabilidad, pero en casos así, nunca se sabe...

Abandoné los Estudios, me pasé por la oficina para decirle a Maud que podía volver a su casa. Ella me mostró el trabajo hecho y se despidió. Contemplé sus bonitas pantorrillas mientras se alejaba hacia la salida. Luego, me puse a trabajar en los datos últimamente conseguidos, los recopilé todos junto con lo que ya tenía, y me acabé sintiendo cansado.

Cené ligeramente cerca de casa y me dirigí a mi vivienda, ansiando caer en la cama y dormir al menos ocho horas. Eso se demoró bastante, por culpa del envío que me esperaba, y que el conserje me

entregó apenas me vio entrar en el edificio.

—Trajeron esto para usted al oscurecer —me dijo—. Era urgente. Firmé por usted, señor Murdock.

Asentí. El paquete era del tamaño de una caja de zapatos, aunque más alargada, y venía envuelto en papel ocre y atado y lacrado cuidadosamente. Una agencia de transporte urbano había sellado el envío, mecanografiado a mi nombre y dirección.

Subí a mi apartamento con él bajo el brazo. No lo abrí hasta estar en mangas de camisa, cómodo y descansado, ante un vaso de *bourbon* con soda.

Mi relajamiento se acabó ahí. La caja de cartón que contenía, me mostró algo terrible al abrirla.

Sobre un lecho de algodón en rama, yacía un sable curvo, un *samurai* japonés, empapado en sangre seca. Y a su lado, un despojo humano maloliente, ya en estado de incipiente putrefacción: ¡un seno de mujer perfectamente cortado!

Junto a ello, una simple nota completaba el macabro envío, escrita con recortadas letras de diario sobre una cartulina:

«PARA USTED, CON MIS SALUDOS. NUNCA ME COGERAN.

»Sadix.»

CAPITULO V

Eider Knox manipuló cuidadosamente el sable *samurai*, envolviéndolo en un plástico transparente con anterioridad, para no dejar huellas en él, aunque ninguno confiábamos en realidad en hallar allí impresión digital alguna. *Sadix* siempre usaba guantes en sus correrías por el papel impreso, y si estábamos ante un demente que se creía el propio personaje creado por Lennox, no olvidaría un detalle así ni remotamente.

—Esto es demencial —fue el comentario del teniente, con gesto desabrido—. No puedo concebir que una mente normal actúe de este modo.

Contempló el despojo humano, sin duda perteneciente a la desdichada Sylvia Lang, la modelo que fue amante de Lennox y de Moore, sacudió la cabeza, asqueado, y me miró pensativo. Yo sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Creo que nadie piensa en una persona equilibrada cuando se ve con cosas así, Eider —le respondí—. Lo que me pregunto es adónde conduce todo esto. Incluso los locos tienen siempre un motivo para hacer las cosas, por absurdo que nos parezca.

—¿Te parece poco querer revivir a un personaje de ficción? Es una manía de casi todos los chiflados. Unos se creen alguien histórico, como Napoleón o César, y otras afirman ser cualquier criatura literaria o cinematográfica.

—¿No será eso lo que pretende hacernos creer el asesino? —sugerí.

Knox clavó en mí su mirada perpleja. Alrededor nuestro, tras las vidrieras de su despacho, había actividad en las oficinas del Departamento de Policía.

—¿Qué quieres decir, Lew? —se interesó.

—Sólo eso: que tal vez no exista tal loco, sino alguien lo bastante astuto como para crear esa impresión en nosotros.

—Aclara eso. ¿Adónde apuntan tus tiros?

—No debería hablar así, porque sigue siendo mi cliente, pero la señora Lennox me sugirió algo plausible. Ella afirma que Lennox hubiera hecho cualquier cosa por dinero y notoriedad. Podría ser,

efectivamente, el que planeó todo esto para relanzar a su personaje en declive. Y fingió su propia muerte, mutilando a un cadáver cabeza y manos. Es una forma muy acertada de evitar una identificación.

—Ya se me ha ocurrido —gruñó Knox, meneando la cabeza con escepticismo—. No sé, Lew. Es muy complicado. Pero el cadáver aún está en la Morgue. El funeral será ma-

ñana. Podemos aplazarlo un par de días más, y disponer un examen más exhaustivo del cuerpo, para determinar si pudo ser o no Morton Lennox la víctima.

—¿Sin huellas dactilares, sin rostro?

—Existen otros medios de identificación. Depende de que tengamos suerte, y Lennox tuviese algo en su persona que pudiera permitir identificarle sin esos detalles.

¿De veras piensas seguir trabajando para un difunto, si es verdad que ha muerto?

—Éticamente, es mi obligación. Me pagó por ello, incluso teniendo previsto su final.

—Ya. Y has pensado que todo podía ser obra de él, por haber recibido en tu domicilio el despojo humano y el sable con el que, a no dudar, mutilaron y asesinaron a Sylvia Lang.

—Sí, algo así. ¿Por qué enviármelo a mí y no a la policía?

—Porque nuestro misterioso asesino es obvio que te conoce bien, y existe algo llamado guía telefónica para localizar las señas de cualquier persona que tenga teléfono en esta ciudad, amigo mío. Creo que ha querido hacerte una seria advertencia con ese regalito.

—¿Que no siga con esto? —sonreí.

—Tal vez —me estudió ceñudo—. Eso es algo que yo te aconsejo también, tanto por tu licencia como por tu seguridad personal. Este es un asunto oficial, *nuestro*. Un investigador privado no tiene nada que hacer en él.

Asentí, removiendo mecánicamente sus papeles. Había una última edición de los diarios locales sobre la mesa de trabajo de Knox. En todos ellos figuraba *Sadix* en primera página, con grandes titulares y reproducciones de las historietas de Lennox.

Aprovechando la ocasión, el *Mail* anunciaba una edición especial, de treinta y dos páginas, con las historias más espectaculares del personaje. Por su parte, un tal Rufus van Eyssen, editor, se anunciaba con una plana entera, para presentar una edición de lujo de *Sadix*, con fotografías de la serie de TV añadidas al *comic*, al desorbitado precio de cincuenta dólares ejemplar. Estuve seguro de que iba a ser todo un negocio.

—Alguien se está enriqueciendo a costa de esos crímenes —comenté —. ¿Quién es ese tal Van Eyssen, lo sabes?

—Claro. Rufus van Eyssen es el editor de Lennox, el que adquirió los derechos de sus historietas, mediante un convenio con el *Comics Syndicate* de Los Angeles, para su distribución internacional. Es un avisado comerciante y edita series lujosas de historietas famosas para coleccionistas.

—A mucha gente le va bien con el hecho de que haya surgido un *Sadix* de carne y hueso —comenté con sequedad, desparramando todos aquellos diarios repletos de sensacionalismo.

—Sí, cualquiera tendría buenos motivos comerciales y crematísticos para celebrar la aparición de ese psicópata... o lo que sea. Y si Lennox viviera, se haría rico de repente, sólo con los derechos de estas reediciones —completó con tono significativo.

Asentí, encaminándome a la salida. Luego comenté:

—Aun así, me resisto a creer que Lennox viva y sea el culpable.

—Claro. Es tu cliente... —rezongó con sorna Knox, soltando un bufido.

Sonó su teléfono. Lo descolgó de mala gana, preguntando. Luego de escuchar a quien le hablaba, replicó con aspereza:

—Es la enésima vez que recibimos una llamada así en el Departamento, McCoy. No podemos hacer caso de todas las histéricas que nos llaman para decirnos tonterías de esa clase. Si las creyéramos a todas, *Sadix* sería visto por todas partes al mismo tiempo, maldita sea. Dígle a esa señora que no sufra alucinaciones y nos deje en paz.

Colgó, malhumorado, gruñendo cosas entre dientes. Le miré curioso, desde la puerta de su despacho.

—¿Qué es lo que ocurre, Eider? —me interesé.

—Una vieja chiflada que asegura haber visto desde la ventana de su casa al mismísimo *Sadix*, tal como aparece en las historietas, saltando de terraza a terraza, en la mejor zona de Inglewood. Imagina: a estas horas, y dejándose ver por los vecinos.

Son incontables las llamadas de gente que cree haber visto a ese asesino de papel, tal y como viste en las tiras cómicas de Lennox. Ni siquiera falta el detalle de la máscara de goma blanca sobre el rostro, la gabardina de cuero y los guantes...

—¿En qué punto de Inglewood dicen haberlo visto?

—En La Brea Avenue, a la altura de los números 800 al 900, en la zona donde residen muchos artistas de cine y TV.

—La Brea... —repetí, pensativo, buscando con rapidez en mis bolsillos. Encontré una tarjeta de visita y le eché una ojeada rápida, lanzando una imprecación—: ¡Cielos, La Brea 860!

—¿Qué es eso? —se interesó el teniente, mirándome sorprendido.

—¡Es el domicilio de Zachary Moore, el actor que interpretó a *Sadix* en la televisión!

¡Y Jessica Talbot, su compañera en esa serie, también vive allí, justo enfrente de Moore!

—Diablos... —Knox me miró, pensativo, y debió advertir mi alarma, porque se puso bruscamente en pie y tomó con rapidez su chaqueta, sin olvidarse de ajustar la trabilla de su funda sobaquera con el revólver reglamentario—, ¡Vamos allá, Lew!

Y al salir disparado conmigo hacia la calle, gritó a un agente de las oficinas:

—¡Avisen a los coches que patrullen por Inglewood! ¡Que vayan de inmediato a la manzana del número 860 de La Brea Avenue y bloqueen esa zona! ¡Puede estar *Sadix* por allí!

Su coche oficial, con la sirena a tope, nos llevó a través de Los Angeles hacia el corazón de Inglewood. Nos cruzamos con varios patrulleros que también iban hacia allá haciendo sonar sus sirenas. El gesto de Knox era tormentoso, su mirada hosca, y tabaleaba nervioso sobre su rodilla, con clara impaciencia.

Cuando llegamos al número 860 de La Brea, un cerco de coches con

sus luces girando en la capota, ya que el nublado era gris oscuro, rodeaba la zona, y los agentes tomaban posiciones, a la espera de la llegada de su jefe. Knox saltó del coche con rapidez, encaminándose a aquella puerta. El conserje nos miró, asustado.

—¡Vamos, arriba! —ordenó con rudeza mi amigo—, ¿Dónde vive Zachary Moore?

—En... en la décima planta —informó el conserje, aturdido—. Apartamento 1.020.

No esperó a más. Subimos con toda rapidez, seguidos por varios agentes de uniforme con sus revólveres a punto. Uno de ellos informó por el camino a Knox:

—La señora que telefoneó al Departamento vive en el 880. Asegura que vio claramente a ese tipo saltar de la terraza de este número a la del siguiente, y luego desaparecer por uno de los accesos de la azotea a las escaleras del edificio. Está muy enfadada por no haber sido atendida debidamente...

Knox gruñó algo, sin responder concretamente a ese reproche. Llegamos a la décima planta y salimos del ascensor rápidamente, encaminándonos hacia donde se hallaban los números pares. El apartamento 1.020 apareció ante nosotros, al fondo de un corredor lujosamente alfombrado. La puerta estaba cerrada. Miré instintivamente a la situada justo enfrente. Era la 1.022. ¿Sería la de la pelirroja y atractiva Jessica Talbot?, me pregunté inquieto.

Y me aparté de Knox, apresurándome a llamar allí sin vacilación alguna. No respondió nadie, y me puse nervioso. Para entonces, el teniente y sus hombres

aporreaban ya la puerta de Moore.

—No contesta... —musité, sin que me hicieran ellos gran caso.

Y, muy asustado, repetí la llamada, dispuesto a empuñar mi arma si no había respuesta, y descerrajar la puerta, que es lo que se disponía a hacer ya Knox con la 1.020, ante la falta de contestación a sus ruidosas llamadas.

Para alivio mío, la puerta se abrió suavemente. Y Jessica Talbot, envuelta en una suntuosa bata de seda verde, se apareció ante mí, con gesto de asombro.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Qué hace aquí, a qué vienen esas prisas...? Pero... ¿qué ocurre, por qué esos policías derribando la puerta de Zach?

Así era. El asombro de la joven actriz era justificado. Estaban echando abajo la puerta de Moore sin contemplaciones, cargando contra ella con todas sus energías. Se lo expliqué con rapidez:

—Hubo una llamada. Alguien vio salir de este edificio a *Sadix* por las azoteas. Y

hemos temido por sus vidas, señorita Talbot...

—Dios mío... —ella abrió mucho los ojos, viendo cómo la puerca 1.020 cedía con estrépito al saltar la cerradura y hacerse astillas la madera—. Zach... Tenía que estar ahí ahora. Le dolía la cabeza, me dijo que se quedaba en casa a dormir. Ni siquiera salía a almorzar, y hoy tenemos libre de rodaje todo el día...

Los agentes entraban en tropel en el piso de Moore. Yo invité a Jessica:

—Si quiere venir... Pero creo que será mejor que se quede aquí de momento —

señalé a los dos agentes armados, de guardia en el pasillo—. Como ve, ahora está bien protegida.

Ella asintió, estremecida, y yo corrí detrás de Knox y sus hombres. Cuando llegué al interior del amplio y confortable apartamento que ocupaba Zachary Moore en aquel lujoso edificio de La Brea Avenue, me esperaba la más espantosa escena que pudiera imaginar el guionista de horror más imaginativo de todo Hollywood.

Knox estaba lívido, desencajado, y sus agentes no se mostraban de mejor aspecto, rodeando lo que acababan de hallar en el living de la casa. Tenían motivos para eso y para mucho más.

Esta vez, el asesinato se había cometido con un arma tan simple como legendaria ya en la historia de nuestro país: un *tomahawk* indio, un arma contundente, más propia de un *western* que de un crimen en los tiempos modernos. El *tomahawk* había penetrado profundamente en pleno rostro de Zachary Moore, casi partiéndolo en dos desde el punto del impacto, justo sobre su frente. El arma aparecía aún clavada allí, incrustada horriblemente en su hueso y su carne, entre ambos ojos desorbitados, en medio de un caos de sangre.

Todo eso, con ser espantoso, no lo era tanto como el escalofriante detalle que parecía señalar con toda exactitud la firma de *Sadix*, la mutilación de turno: ¡el cadáver de Zachary Moore había sido escapelado tras el asesinato, y un cuchillo adecuado debió arrancar su cuero cabelludo completo, dejándole el cráneo ensangrentado, con la bóveda craneal al descubierto, sin el menor rastro de su rubia cabellera!

—Dios mío... —jadeó Knox con voz ronca, irreconocible—. Sólo un loco, un maldito loco asesino pudo hacer algo así...

Yo, ni siquiera dije nada. No tenía fuerzas para ello.

* * *

La visión de los muslos de Maud fue lo único capaz de darme un poco de ánimos en aquella oscura, lluviosa mañana californiana, en que ya muchos escaparates y rótulos luminosos habían comenzado a brillar con luz artificial para disipar un poco el tono plomizo del día, al que una niebla procedente del mar acababa de dar matices sombríos, muy adecuados para lo que acababa de vivir en La Brea.

Ella se sobresaltó ligeramente al verme entrar, y bajó su falda, dejando de mirarse las piernas, muy cerca de los límites tentadores de su braguita color azul.

—Oh, jefe... —murmuró, algo avergonzada—. Mis medias... Tienen un punto suelto, y eso que las compré esta misma mañana... No le oí entrar.

—Es igual —sonreí desganado, tirando mi chaqueta al colgador, donde prendió casi milagrosamente—. Al menos, ver ciertas cosas logra levantar el ánimo.

—Es usted un poco pillín, ¿no le parece? —comentó con sorna, aunque enrojeciendo levemente y desviando su mirada—. Le creía algo más serio en ese punto, Lew.

—Le aseguro que lo soy, pero no puedo por menos de admirar unas estupendas piernas de mujer cuando las veo —reí sordamente, dejándome caer en mi silla—. Es lo primero agradable que me encuentro ante los ojos desde hace bastante rato.

—¿Qué le pasa? —me miró, preocupada—. Parece que esté enfermo.

—Lo estoy, Maud —confesé—. Cualquiera lo estaría en mi lugar. ¿Conocía a un tal Zachary Moore?

—¿El actor de televisión? Claro. He visto muchos programas suyos. Figura en nuestra lista de personas relacionadas con Morton Lennox, ¿no es así?

—Ya puede irlo borrando —asentí—. Le han matado hoy.

—¡Cielos, no! —abrió enormemente sus pardos ojos.

—Sí, Maud. Alguien le clavó un *tomahawk* indio en pleno rostro. Y luego le arrancó la cabellera, como si el autor del crimen hubiera sido un piel roja.

—Dios mío... —se dejó caer en el asiento, el reservado a las visitas, y miró al vacío aturdida. Repitió, como si eso lo expresara todo—: Dios mío...

—Ha sido el crimen más abominable de *Sadix*. Y esta vez, incluso tenemos un testigo que vio huir al asesino por las azoteas. Una mujer que ha descrito al fugitivo con exactitud. Corresponde exactamente al personaje de Lennox: gabardina de cuero, sombrero y guantes de igual material, una blanca máscara de goma al rostro... Era endiabladamente ágil, según describió. Saltó de azotea a azotea limpiamente, sin problemas.

—¿Por qué querría matar a ese hombre? Zachary Moore era un buen actor. Y muy guapo...

—También Sylvia Lang era muy bella, Maud. Eso le importa poco a nuestro psicópata asesino. Lo importante es matar... y mata sin descanso. Ya son tres los cadáveres, a cual más espantosamente mutilado.

—¿Y lo que me dijo por teléfono esta mañana, de ese seno femenino y el *samurai*...?

—Ya lo tiene la policía. No creo que sirva de mucho. Sólo para saber cómo mató a la modelo y a qué extremos llega su sadismo, su crueldad, su macabro sentido del humor.

—Pero si le envió «eso» a usted..., ¿no puede ser peligroso? —musitó Maud.

—Todo es peligroso en este asunto, amiga mía —suspiré—. Muy

peligroso. Si quiere, aún puede pensárselo un poco y renunciar a su puesto. Lo comprenderé muy bien.

—Jefe, usted me dio este trabajo y yo pienso llevarlo a cabo, ocurra lo que ocurra —

declaró Maud con energía—. Eso, puede darlo por seguro, por mucho que ese sádico criminal trate de asustarnos.

—La felicito, Maud. Es usted una chica muy valiente —suspiré, echando una mirada a mi reloj—. Es tarde ya. ¿Qué tal si vamos a almorzar? Tendremos trabajo toda la tarde, de modo que la invito a un restaurante cercano donde se come bien y barato,

¿qué me dice?

—Que acepto, jefe —sonrió halagada.

Almorzamos en un pequeño restaurante italiano donde servían los mejores spaghetti de la ciudad y un excelente vino de Chianti capaz de levantar los ánimos a cualquiera, pero creo que la compañía de mi rubia y bonita secretaria es lo que más moral me daba en esos momentos, con la lluvia, fina y persistente, cayendo sobre una ciudad oscurecida por los densos nubarrones, que hacía espejear el asfalto con mil reflejos.

Maud tenía una charla agradable y fluida, al margen de su eficiencia profesional en el trabajo. Charlamos de todo un poco, ella evocó sus tiempos de camarera en bares de la ciudad, de extra en los Estudios de Hollywood, de niña de familia circense hasta los doce años, deambulando de sitio en sitio, para terminar estudiando secretariado y buscar trabajo en oficinas y despachos, olvidándose de los dorados sueños que toda chica joven y atractiva trae consigo a una ciudad como Los Angeles, con tantas productoras de cine y TV por doquier.

—Y a pesar de cuanto la gente me pronosticaba, de éxitos sin fin en el mundo del espectáculo, he ido a, tener que refugiarme en una máquina de escribir si quería seguir comiendo —terminó con gesto de tristeza.

—Esta ciudad es injusta. Hollywood es una fábrica de decepciones, no de sueños.

Con su rostro, su figura y su inteligencia, hubiera podido ser lo que soñaba, pero aquí la lucha es dura y difícil. A veces vale más desertar, créame.

Terminamos el almuerzo y volvimos al despacho. Me esperaban dos sorpresas en el contestador automático. Habían llamado dos personas distintas a la oficina, solicitando verme cuanto antes. Una, era el teniente Knox. La otra, Rufus van Eyssen, el editor de los *cómics* de Sadix.

Mientras Maud se sentaba afuera a teclear su máquina, permitiendo que yo viera sus piernas desde mi emplazamiento, yo telefoneé inicialmente al teniente Knox. Se puso de inmediato. Y me espetó la noticia así, de sopetón:

—Ya estamos seguros de algo respecto al cuerpo decapitado, Lew —me dijo.

—¿De veras? ¿Qué es ello?

—Lo hemos identificado sin lugar a dudas.

—¿Y...?

—Una teoría se va al diablo definitivamente, Lew. Es Morton Lennox, de eso ya estamos totalmente seguros.

—¿Por qué así?

—El cuerpo ofrecía huellas de una intervención quirúrgica en la cadera derecha. El forense le encontró una pieza de plata en el hueso. Esa clase de operaciones son fáciles de investigar. Esta tenía entre seis y siete años de antigüedad. Indagamos eso, y apareció un cirujano de Wilshire que nos facilitó los datos de una lesión idéntica en Morton Lennox, hace seis años y tres meses exactamente. Se han comparado las radiografías de ese cirujano con las del forense. Son idénticas.

—De modo que, realmente, asesinaron a Lennox —musitó. abatido.

—Así es. Fue la primera víctima de su personaje. Si él planeó algo distinto y el tiro le salió por la culata, tal vez nunca lo sepamos, pero las cosas son así.

—En ese caso, al vivir su esposa, es evidente que ella heredará la totalidad de los derechos sobre el personaje y las historietas.

—Así es. Ahora voy a visitar a esa dama, por si acaso —me explicó Knox—. Quería que supieras esto para que borraras de la lista de sospechosos a tu cliente. Eso tal vez te aconseje seguir con el caso por ética y todo ello, pero mi consejo sigue siendo el mismo: deja esto, es

pura dinamita, Lew. No quiero que te metas en un lío y tenga que dejarte sin trabajo... o asistir a tu funeral, en el peor de los casos.

—Gracias, Eider —dije sarcástico—. Eres un buen amigo. Tendré en cuenta tu advertencia.

Pero al colgar, estaba seguro de que Knox no se creía una palabra de mi respuesta. Y

hacía bien. No pensaba abandonar ahora, sabiendo que Lennox era víctima y no culpable. Era mi cliente incluso muerto, y le debía un mínimo de lealtad. Lealtad que sólo podía demostrarle de un modo en la vida: intentando descubrir quién era el bastardo psicópata que iba matando gente por la ciudad mostrándose como el personaje que creara su víctima.

Recordé que también Van Eyssen quería verme, y concerté con él una entrevista.

Dejé a Maud escribiendo a máquina apresuradamente, le di una afectuosa palmada en el hombro, ella me miró con una sonrisa, y yo traté de no fijar mis ojos demasiado en las firmes esferas de sus pechos, visibles desde mi posición ahora, a través de la abertura de su blusa.

—Hasta luego —le dije—. Volveré esta misma tarde, Maud, antes de que termine la jornada de trabajo.

—No se preocupe —dijo—. Le estaré esperando hasta que vuelva, aunque sea más tarde. Esta noche no tengo nada que hacer, y como vivo sola, no le importa a nadie que regrese a una u otra hora a mi domicilio.

—Buena chica —aprobé, saliendo de mi oficina, sin poder olvidar la fugaz visión de aquel busto joven, vital, que para nada necesitaba de sujetador.

Van Eyssen resultó ser un hombre alto, delgado, frío, de escaso cabello, ralo y muy rubio, casi albino, que tenía su empresa editorial en un edificio de varias plantas, en El Segundo Boulevard, y ocupaba un despacho más propio del gobernador de California que de un simple editor, por importante que fuese. Se dedicaba preferentemente a la edición de material gráfico, y reproducciones de sus más famosos *comics* ocupaban las

paredes. *Sadix* no faltaba en ellos, reproducido a tamaño gigante en

unas litografías murales, más propias de los tiempos del *pop-art*.

—De modo que se interesa por mi edición de *Sadix*... —comentó al sentarme frente a él, tras echar una ojeada a los dibujos de Lennox.

—¿Y quién no? Hoy ha cometido su tercer crimen en pocas horas. Creo que habrá oído la noticia...

—Claro. Por radio y televisión —afirmó con un suspiro el hombre de negocios—. Es terrible. Zachary Moore, una personalidad del mundo del espectáculo... Pero eso, desgraciadamente, también es algo que venderá muy bien. La gente me quitará de las manos los álbumes de *Sadix*. Sé que tendré que lanzar nuevas ediciones. Desde Nueva York me han llamado para un envío masivo de ejemplares, e incluso creo que editaré una serie especial en Europa...

—Eso significa mucho dinero —comenté.

—Sí, mucho. Para mí... y para los herederos de Lennox, naturalmente.

—Que yo sepa, sólo tiene un heredero: su esposa.

—Cierto. Tuvo otra mujer, pero murió hace años. Era una artista, creo. Pero él no habló nunca demasiado de todo eso. Y que yo sepa, nunca tuvo hijos. De modo que su viuda será la heredera. Va a forrarse, la verdad.

—Y usted también —sonreí.

—Claro, no se lo he negado. Pero vayamos al motivo de mi llamada. Creo que Lennox era su cliente.

—Así es. Temía ser asesinado. No pude evitarlo. Luego me encargó el caso, temiendo morir, para que lo siguiera a título póstumo.

—Bien, señor Murdock. Deseaba verle por algo relacionado con Lennox. Y con *Sadix*, naturalmente.

—¿Qué es ello?

—Me temo que Lennox robó la idea a otro dibujante. Se apoderó de algo que no era suyo.

—¿Qué es lo que dice? —me sobresalté.

—Nada que no ocurra con frecuencia en el mundillo editorial. A veces aparecen jóvenes artistas en ciernes que tienen ideas y calidad.

Recurren a famosos artistas para pedirles consejo o ayuda. Lennox se encontró con uno de ellos, le fue mostrado el personaje *Sadix* en una historieta inicial, aconsejó al otro que cambiara de temas, y él adoptó la idea para sí, haciéndola popular y ganando dinero con ella.

—¿Y qué fue del artista joven?

—Desilusionado y amargado, dejó la profesión. Hoy en día es ejecutivo y no quiere saber nada del dibujo de *comics*. Yo me enteré de eso a través de un antiguo compañero suyo que ahora trabaja en mi editorial para el entintado y rotulación.

—¿Sabe el nombre de ese artista?

—Sí. Tracy Wallace.

—¡El vecino de Lennox! —dije, pegando un respingo en mi asiento.

—Así es. Sé que ocupaba el apartamento vecino al suyo. Su idea era atormentarle con su presencia cercana día y noche. Me preocupó ese hecho.

—Tal vez no se conformó con una tortura moral, y optó por...

—Yo no puedo saberlo —se encogió de hombros el editor, mirándome fijo—. Sólo quería que lo supiera usted, por si puede servirle de algo. No me disgusta ganar dinero con *Sadix*, pero tampoco viviría tranquilo sabiendo algo que puede contribuir a la detención del asesino... y callarlo para mí solo.

—Es muy amable por confiarme ese hecho, señor Van Eyssen —dije, incorporándome—. ¿Puedo hacer algo por usted a cambio?

—Sí —afirmó él, incorporándose también y tendiéndome la mano—. Encuentre al asesino. No me gustaría descubrir demasiado tarde que yo también estoy en su lista de víctimas. Si Tracy Wallace es el culpable, podría vengarse también del editor que adquirió a Lennox la historieta que él realizó.

—Muy razonable su temor —asentí, estrechando su diestra—. Pero no puedo prometerle nada. Hasta ahora, no he logrado anticiparme a ese criminal ni una sola vez.

El nos lleva siempre la delantera a la policía y a mí, señor Van Eyssen.

Salí de la empresa editorial, y llamé desde una cabina pública a la

oficina, por si había alguna novedad. Maud me informó de que había llamado una tal Jessica Talbot, pidiendo verme con la máxima urgencia.

Colgué, diciéndole a mi secretaria que podía irse a casa a su hora, porque tal vez me retrasaría más de lo previsto, y corrí a ver a la pelirroja actriz de TV a su vivienda de La Brea, donde horas antes *Sadix* había cometido su tercer crimen.

CAPITULO VI

La lluvia se había puesto insufrible. Ahora era casi torrencial, sobre Los Angeles planeaba un auténtico temporal de un gris negruzco que anticipaba la llegada de la noche antes de las cuatro de la tarde, y cuando me detuve frente al bien conocido edificio del 860 de La Brea, tuve que cruzar a la carrera la acera para meterme en el vestíbulo de la casa de apartamentos de lujo, sin poder impedir pese a ello que llegara empapado hasta los huesos.

—Vaya día que tenemos, ¿eh, señor? —comentó el mismo conserje que nos atendiera aquella mañana cuando fue hallado el cuerpo de Zachary Moore en su vivienda—, ¿Desea algo del apartamento del señor Moore? La policía precintó la puerta y dejó a un hombre de vigilancia, pero ha ido a tomar algo, según creo, y volveré de inmediato.

—No, no necesito nada de eso —repliqué—. Me espera la señorita Talbot.

—Un momento, por favor —habló con el apartamento 1.022 y luego me hizo un gesto de asentimiento—. Sí, ya puede subir, señor Murdock.

Subí al décimo piso. Jessica tenía abierta su puerta. Me esperaba en ella, vestida con un conjunto *tweed* en beige y marrón que prestaba a su figura un aspecto deportivo, muy juvenil. El rojo cabello, peinado en suaves ondas, resaltaba sobre el fondo gris de un ventanal asomado al bulevar, a la lluvia y al espeso nublado plomizo.

—Buenas tardes, señor Murdock —me saludó con tono de alivio—. ¿Quiere pasar?

Entré, notando el aroma tenue de un perfume fresco, limpio, con olor a flores. Al pasar junto a ella, no pude evitar rozarle la punta erecta de sus senos. Eran tan duros como erguidos.

Tenía puesto en marcha un aparato estéreo con una cinta magnética de música *County*, a tono suave. Sobre una mesita de vidrio color humo, un alto vaso con licor, hielo y soda. Se encaminó hacia un mueble bar, preguntándome qué quería tomar. Me decidí por un *bourbon* con hielo y me lo sirvió tal como me gusta: mucho *bourbon* y poco hielo. Me señaló un sofá azul cobalto, y se sentó a mi lado. Tenía unas bonitas rodillas cuando su falda remontó hasta la corva. No

muchas mujeres tienen bonitas sus rodillas, lo sé por experiencia.

—Bueno, a su salud —alcé mi vaso y tomé un trago. La miré por encima del vidrio empañado por el whisky. Tenía los ojos levemente enrojecidos y los párpados hinchados. Parecía haber llorado recientemente—. Debe haber sido un duro golpe para usted lo de Moore, ¿verdad?

—Dios, ha sido terrible —se estremeció, cerrando sus bellos ojos verdes, de tonalidades azuladas como tornasol—. Pobre Zach... Tan fuerte, tan lleno de vitalidad...

Y ahora...

Se le hizo un nudo en la garganta y ahogó su voz. Vi humedad en sus ojos. Corté con brusquedad el asomo de emoción:

—Supongo que no me llamó con tanta urgencia por eso, ¿verdad?

—No, no —negó ella suavemente—. No fue por eso. Ya no tiene remedio, por espantoso que parezca. Se trata..., se trata de *mí*, Murdock.

—¿De usted? —la miré, pensativo—. ¿Qué le ocurre, señorita Talbot?

—Tengo miedo. Más que eso: estoy aterrorizada.

—¿Por lo sucedido en la puerta de enfrente?

—No. Por lo sucedido *aquí*.

Dejé el vaso, sobresaltado. Tintineó en la mesa, a punto de volcarse. Estaba mirando fijamente a la actriz, con auténtica preocupación.

—¿Aquí? —repetí—. ¿A qué se refiere?

—Venga, vea esto —me invitó ella, incorporándose y dejando también su vaso.

Caminó hacia la parte trasera de su apartamento. La seguí. Se detuvo ante una ventana de guillotina situada sobre una terraza saliente. Enfrente se veía la de otro edificio. La ventana estaba protegida por un enrejado metálico. Ella lo señaló. Descubrí el desgarró hecho en la malla de metal. Alguien parecía haber intentado romperla para llegar al vidrio de la ventana.

—Estas ventanas tienen esa malla para evitar cualquier intrusión de

un merodeador que pase de azotea a azotea —explicó—. Antes de morir Zach, estaba intacta, puedo jurarlo. Luego... descubrí eso. ¿Se imagina mi terror?

—Sí. Pero no tuvo que ser necesariamente obra del asesino —comenté.

—¿No? —ella señaló a las azoteas vecinas—. Por ahí escapó el hombre que vestía como *Sadix*, según la vecina que llamó a la policía. Puede que saltara de la terraza de ese lado hasta aquí. Aquélla es la que da al apartamento de Zach. Y de aquí, saltó al otro edificio, tal vez al no poder romper la malla con suficiente rapidez.

—¿Teme que deseara causarle daño a usted también?

—Temo que intentara asesinarme como a Zach —musitó ella, temblando.

Arrugué el ceño, abriendo la ventana y tocando la malla. Estaba desgarrada por algo muy incisivo y cortante, tal vez unas tijeras podadoras o cosa parecida. Moví la cabeza.

—Si piensa eso, cambie de domicilio en seguida —aconsejé—. Un lugar que sólo conozca la policía.

—Y usted, Murdock. Deseo que trabaje para mí.

—¿Para usted? —me sorprendí.

—Sí. Necesito protección.

—Yo no soy guardaespaldas, señorita Talbot. Sólo investigador privado. Pero puedo recomendarle a alguien que...

—No, no. Lo quiero a usted. Descubra al asesino. Será la mejor manera de protegerme a mí.

—Ya me pagaron por eso. Mi cliente era Morton Lennox. Sigue siéndolo aún.

—¿No puedo contratarle yo? Lennox está muerto. ¿Hay algo que se lo impida?

—No, pero... —la miré, pensativo—. A Lennox no pude ayudarle mucho. ¿Confía en mí, pese a eso?

—Sí. Confío más en usted que en la policía. Tal vez de momento ese

loco no vuelva por aquí. Pero terminará por regresar a por mí, algo me lo dice. Quiero que antes de ese día, usted haya desenmascarado al falso *Sadix*.

—Mis honorarios son cien dólares diarios más gastos. ¿Está dispuesta a pagar eso aun sabiendo que ya cobré de una persona muerta por hacer el mismo trabajo?

—Sí —afirmó, rotunda, yendo a un mueble de donde extrajo un talonario de

cheques—. Le extenderé un talón por mil dólares. Son diez días de su trabajo. Luego le abonaré los gastos que me presente. ¿De acuerdo, señor Murdock?

—Si lo desea... —me encogí de hombros—. Nada le impide hacerlo, señorita Talbot.

Pero no necesitaría gastar ese dinero, ya se lo advertí. ¿Cree que se sentirá más segura si trabajo para usted?

—Sé que hará lo que yo le pida —escribió el cheque, lo firmó y lo arrancó, poniéndolo en mis manos. Al mismo tiempo, me las apretó entre las suyas, mirándome fijamente a los ojos muy de cerca—. Soy una mujer asustada, ¿comprende? Sólo confío en usted. Por favor, no me falle. Me temo que nadie pueda salvar mi vida salvo usted.

—Muy bien. Voy a intentarlo —dije con energía guardando el talón bancario—. ¿Va a hacerme caso a ciegas?

—Sí —afirmó, rotunda.

—Muy bien. Entonces, tome ese teléfono. Llame a su director y productor, Clarence Ryder. Dígale que se marcha fuera de la ciudad por unos días y que es inútil que la busque. No va a rodar nada durante ese tiempo. Y venga conmigo. La voy a llevar adonde nadie dé con usted. Si tanto confía en mí y me paga por protegerla, la voy a proteger de veras. No la dejaré aquí, a merced de nadie. ¿De acuerdo en todo?

—Ya se lo dije. Usted disponga las cosas. Yo obedeceré al pie de la letra —afirmó.

Llamó a Ryder. El productor y director de TV no estaba. Dejó grabado el mensaje en el contestador automático y salimos del apartamento. Subimos a mi coche. Llovía con fuerza y parecía noche cerrada.

Rodamos un rato para ver si alguien nos seguía. Sólo descubrí tras de nosotros a un Chevrolet con dos tipos que apestaban a policía a diez millas de distancia. Sonreí.

—Ni siquiera la policía debe conocer su paradero —dije.

Y le pegué un giro completo al volante, metiéndome por una calle lateral. Pisé el acelerador a fondo. Comenzaba el juego del escondite en plena ciudad bajo la lluvia.

Los tipos me siguieron sólo durante tres o cuatro manzanas. Al final, les burlé. Y seguí dando vueltas y rodeos, por si había que burlar a alguien más.

Cuando rodábamos por Redondo Beach, el camino detrás estaba despejado. Seguí hasta Compton por si acaso. Ya no había duda, y enfilé hacia Central Avenue para subir por ella hasta Slauson. Me detuve enfrente de un pequeño hotel situado en Santa Fe Avenue, en Vernon, frente a Washington Boulevard, tras el Wrigley Field de béisbol.

Era un hotel que yo conocía bien. Nunca hacían demasiadas preguntas, sobre todo si el cliente pagaba por anticipado y daba buena propina. Menos aún si venía con un amigo.

Y yo lo era.

El viejo Charlie, el conserje, me saludó afablemente. Registré a Jessica —que llevaba gafas de sol, pese al maldito día, y un sombrero encasquetado hasta las orejas, por si acaso su famosa cara era reconocida—, aceptó el nombre de Jennie Smith como bueno sin chistar, le pagué tres días de alojamiento anticipado y un obsequio de veinte dólares, y el bueno de Charlie sólo necesitó ponerle la alfombra a la nueva huésped para demostrarle su obsequiosidad. Jessica contempló la modesta habitación no demasiado complacida, pero aceptó de buen grado mi plan.

—¿Y cómo nos pondremos en contacto? —preguntó.

—Si alguna vez llama, hágalo desde la calle, no desde aquí. Puede que alguien

controle mi teléfono para localizar su llamada —sugerí—. Yo la llamaré también adoptando precauciones. Espero que aquí nada suceda. Pero si fuese un imprevisto urgente, algo que usted considerase grave o peligroso, recurra a Charlie. El comunicaría

conmigo de inmediato sin mezclar su nombre para nada. Si Charlie no está, hay otro tipo aquí en quien puede confiar, un viejo negro llamado Tooley, que fue campeón de boxeo hace años. Está algo «sonado», pero es un gran tipo. La defenderá con uñas y dientes. Y le aseguro que sabe defender cuando se lo propone. Le dejaré un mensaje para él a Charlie. ¿Se siente más segura, aunque disfrute de menos comodidades?

—Sí, gracias. Mucho más. ¿Sirven comidas aquí?

—No. Pero le servirán lo que quiera, trayéndolo del restaurante. No firme cheques ni presente tarjetas de crédito.

No se deje ver apenas. Su cara es demasiado conocida en la ciudad. ¿Tiene dinero en efectivo?

—Sí, suficiente para mantenerme unos pocos días —sonrió.

—Yo vendré como mínimo una vez al día para ver cómo está todo, y mañana le traeré dinero en efectivo, por si acaso. Antes procuraré estar seguro de que nadie me sigue, no tema. Sé hacer bien esas cosas.

—Me consta que sí, Murdock —me miró largamente, con gesto de gratitud—. Ya le dije que confiaba totalmente en usted. Creo que no me he equivocado.

—Dios lo quiera —suspiré, apretando con calor su hombro—. Animo, señorita Talbot. Descanse ahora tranquila. Puede que los parpadeos de ese luminoso, la música de las radios y televisiones vecinas y algún que otro jaleo callejero le dificulten el sueño, pero no haga demasiado caso de todo ello. Es mejor eso que sentir la amenaza de un psicópata asesino. Hasta pronto.

—Hasta siempre, Murdock. Y puede llamarme Jessica —sonrió ella dulcemente.

—Entonces, hasta mañana, Jessica —dije, saliendo de la habitación.

Cuando pisé la calle, la condenada lluvia seguía cayendo con irritante insistencia.

Regresé con mi coche a las oficinas. Ya era tarde. Seguramente Maud estaría camino de su casa, pensé subiendo por las escaleras, ya que el condenado ascensor mostraba su cartel de «averiado».

Cuando llegué ante la puerta de mi oficina, me paré sorprendido.

Había luz todavía en el interior. Eso quería decir que mi flamante secretaria aún estaba allí esperando.

Maud era un encanto, pensé, sin querer relacionar ese sentimiento con sus atractivos muslos y sus turbadores pechos.

Empujé la puerta y entré.

Justo entonces sonó el grito agudo de mujer en mi despacho. Y recortándose contra el vidrio esmerilado, gracias a la luz del flexo de mi mesa, apareció una siniestra silueta esgrimiendo algo en su mano.

Era el perfil de un hombre con sombrero, gabardina de cuello subido, manos enguantadas... y una navaja de afeitar en su diestra, recortándose nítida en el cristal.

—¡Noooo, piedad! —chilló Maud Lamont dentro del despacho. Y su grito era tan agudo y terrible que causaba escalofríos.

—¡Maud! —rugí, sacando mi revólver y disparando rápidamente contra el recuadro de vidrio escarchado donde se dibujaba la silueta ominosa.

Se hizo añicos al recibir la bala, el estruendo conmovió toda la oficina, y yo corrí, arma en mano, hacia la oficina, mientras los gritos de Maud, histéricos y llenos de frenesí, ponían una nota estremecedora en el ambiente.

Una voz ronca juró sordamente cuando cargué contra la puerta y penetré en la oficina. Alguien golpeó la lámpara, arrojándola al suelo, chascó la bombilla con un fogonazo azul al romperse contra el pavimento, y la oficina quedó a oscuras, con la escasa claridad roja y azul que penetraba por la ventana desde los luminosos de la calle charolada por la lluvia. Un sombra humana cruzó fugaz ante mí e hice fuego otra vez.

Algo se quebró en la oficina, pero no me pareció alcanzar a nadie.

Me agazapé tras un mueble y grité roncamente:

—¡Maud, Maud! ¿Está bien?

—Sí... —susurró una voz, entre sollozos, en alguna parte—. Sí, Lew... Cuidado. Es él,

¡es Sadix!

Maldije entre dientes, y en el acto me arrojaron algo. Sentí vibrar junto a mi cara, en las sombras, un objeto que acababa de clavarse en la madera del mueble que me protegía. Alargué una mano y rocé con mis dedos el objeto tembloroso aún. Era la navaja de afeitar. Tenía parte de la hoja clavada en la madera.

Luego, lo vidrios de la ventana se hicieron añicos, y una sombra rápida, de centelleante rapidez, salvó el hueco, entre la lluvia de cristales, saltando al exterior. Mis oficinas están en un cuarto piso, de modo que el salto podía ser mortal.

Corrí a la ventana, empuñando mi revólver, y asomé. Cuando lo hice, ya la figura envuelta en una gabardina negra, reluciente, no sólo por la lluvia sino por el hecho de ser de cuero, lo mismo que el sombrero que cubría su cabeza, saltaba desde la marquesina situada debajo hasta el pavimento negro y brillante de la acera mojada.

—¡Alto! —aullé, asomando el brazo armado—, ¡Alto o disparo!

El tipo no me hizo ningún caso. Corrió en zigzag entre la gente y los coches. No pude disparar. Era demasiado fácil que la bala alcanzase a cualquier inocente. Miré abajo, a la marquesina del vecino local, un pequeño cine de barrio. No había duda de que el intruso había calculado bien un posible camino de fuga apresurada. Esa marquesina, a la altura del segundo piso, era un buen intermedio entre mi oficina y la calle, para amortiguar un golpe fatal.

Me volví. Maud estaba tendida en el suelo, tras mi mesa despacho, pude verla ahora, al entrar la luz callejera por la ventana sin cristales. Salvo su rubia melena despeinada y un hematoma oscuro bajo su ojo derecho, parecía ilesa. Estaba intentando ponerse en pie, entre gemidos.

—¿Seguro que está bien? —indagué.

—Sí, sí —musitó—. Muy bien, no se preocupe por mí, jefe...

—Entonces, espere un momento —dije. Y salté a la marquesina del cine.

Caí sobre ella con mis piernas flexionadas. De allí, brinqué a la calle, ante el pasmo de la gente que poco antes había visto hacer lo mismo al intruso de la gabardina de cuero.

—¿Por dónde fue? —pregunté a unos curiosos—. El tipo de la gabardina de cuero es *Sadix*, el asesino.

—Por allá —señaló una joven amedrentada, con índice tembloroso.

Corrí sin perder tiempo, salvé a varios coches que me gritaron su ira con los claxons, y alcancé el otro lado de la calle. Los disparos habían debido ser oídos, porque sonó cercana una sirena de la policía.

Ya no descubrí al ser de la gabardina de cuero por parte alguna. Había desaparecido en medio del tráfico y la lluvia. Mi empeño por dar con él fue estéril. Poco después, volvía a mi calle. Alguien comentaba cerca de mí:

—Era un individuo terrorífico... ¡Llevaba una máscara blanca sobre la cara, parecía un *cadáver* viviente!

Regresé a mi oficina. Maud estaba en pie ante el lavabo, limpiándose el rostro. Tenía en él lágrimas, un arañazo, un hematoma. Y mucho miedo.

—Dios mío, pensé que iba a matarme... —gimió—. Le vi cuando ya era tarde. Estaba recogiendo las cosas para irme al ver que usted no venía... y le descubrí ahí, en la entrada. No hacía ruido apenas. Su cara... ¡qué horror! Era blanca, lívida...

—Una máscara de goma —dije secamente, resoplando—. ¿Qué pasó?

—Reía de forma horrible al mirarme. Avanzó hacia mí, sacó la navaja de afeitar...

Cerró la puerta de este despacho, yo grité... Me golpeó con ese pisapapeles, y caí...

Entonces vino hacia mí. Le oí pronunciar unas palabras con una voz ronca, amenazadora.

—¿Qué dijo? ¿Lo recuerda?

—Algo así como: «Tengo que matar a tu jefe. Pero en su ausencia, morirás tú. Eso le servirá de aviso. Voy a matarte, preciosa... *Sadix* es el más fuerte. Y voy a probarlo.»

Entonces..., entonces oí la puerta de entrada, sonó el disparo...

—¿Cree que le alcancé?

—No sé. Parecía que sí. Se encogió, maldijo entre dientes. O tal vez fueron sólo los cristales que le alcanzaron... No puedo saberlo, Lew. Pero si era *Sadix* realmente...

—Me temo que sí lo era —suspiré, tirando el arma sobre mi mesa—. Y escapó, maldito sea. No sirvo para nada. Lo tuve en mis manos y lo dejé huir...

—Tal vez sea mejor así. Me pareció un hombre capaz de todo. Confieso que es la primera vez que alguien logra asustarme...

—Cálmese, Maud. Ya pasó todo. En lo sucesivo, nadie entrará aquí en mi ausencia.

Pondré un sistema de seguridad. Usted podrá ver desde dentro quién llama, antes de abrirle. No podemos correr más riesgos. Espero que esto nos sirva de aviso, cuando menos. Venga, la ayudaré a curarse esa mejilla. Y luego la llevaré a casa.

La tomé el rostro entre ambas manos. La puse a la luz. Y tomé mi botiquín, limpiando y desinfectando el golpe sufrido. Luego le puse un apósito y acaricié tiernamente su rostro delicado, de piel suave como la del melocotón.

—Eso está mejor —sonreí—. Nadie puede estropear lo que es tan bello...

Me miró. Tenía los ojos dilatados, húmedos. Entreabrió la boca para musitar con dulzura un «gracias» leve, emocionado. No pude evitarlo. La besé.

Besé aquellos labios carnosos. Ella se dejó besar. Y sentí sus brazos rodeándome, sus manos apretando mis espaldas, sus uñas rozando dulce, estremecedoramente mi cuello.

—Lew... —gimió junto a mi oído luego, mordiéndome el lóbulo, besando mi cuello—.

Lew, gracias por todo... Le debo... la vida. Lo sé... Usted me salvó hoy...

—Maud, no diga eso... —dije con voz apagada, sintiendo mis venas bullir con la presión de sus pechos en mi torso, con el contacto cálido de sus muslos contra los míos, tan apretados estábamos uno a otro.

—Lew, bésame... —jadeó, trémula—. Bésame otra vez.

La besé. Nadie en mi lugar hubiera podido hacer otra cosa, pidiéndoselo una mujer como aquélla. Sentí la pulpa jugosa de sus labios temblar húmedos bajo los míos. Sus caricias se hicieron

voluptuosas, su cuerpo palpitaba.

—Oh, Maud... —oí decir con mi voz, que apenas si reconocía.

No sé cómo pasó siquiera. Pero pasó. El sofá de mi despacho nos acogió a los dos. Ni lo sentí crujir bajo nuestros cuerpos. En la sombra, los muslos de Maud fueron blancas manchas nacaradas que mis dedos acariciaban emocionados. Sus pechos, formas turgentes que temblaban en la penumbra. Jadeaba ella. Y yo.

Maud era algo más que una bonita muchacha rubia, una secretaria eficiente y una mujercita valerosa. Mucho más.

Era toda una hembra. Y me lo demostró en aquellas horas en penumbras, donde poco antes pudo haber muerto a manos del perverso monstruo homicida.

CAPITULO VII

Estaba cansado. Cansado, pero feliz.

En mucho tiempo no me sentía mejor que aquella noche, cuando entré por la puerta de mi apartamento, sin recibir en esta ocasión la ingrata sorpresa de regalo macabro alguno. Ni siquiera había cenado, pero era igual. Un vaso de leche y un emparedado fue todo lo que ingerí tras dejarme caer en una butaca. Y me bastó. Aún pensaba en Maud, en su cuerpo cálido, en sus caricias, en su modo maravilloso de hacer el amor...

Recordé que existía algo llamado contestador automático y lo conecté por si acaso, mientras me desvestía lentamente. Todas las llamadas eran carentes de importancia al parecer. Estaba a punto de desconectar, cuando una voz sonó en la grabación:

—«Escuche, Murdock, usted ya me conoce. Soy Sharon. Ya sabe, Sharon Lennox, la viuda de Lennox. Necesito verle con urgencia. Cuanto antes. No telefonee. Venga a mi estudio fotográfico en cuanto le sea posible. No pierda un minuto, es vital. Cuestión de vida o muerte, me temo. Creo saber quién es *Sadix*. Y por qué mató a Morton y a los demás. Por el amor de Dios, no tome esto a broma, no pierda tiempo. Cuanto antes nos veamos, tanto mejor. Estoy *muy* asustada.»

Comprobé que la llamada se había efectuado a las siete y media de la tarde. Ahora eran ya las doce de la noche. Demasiado tarde, pensé con desaliento. Las horas en el despacho con Maud, el acompañamiento a su casa, mi retorno a mi domicilio, con la breve parada en la cafetería para tomar un *bourbon*... Tiempo perdido en un caso extremo tal vez.

Aunque me recomendaba no usar el teléfono, llamé a su estudio fotográfico. No obtuve respuesta alguna. Me vestí de nuevo, tomé mi revólver y salí de casa en la noche. Había dejado de llover, pero el asfalto relucía como un espejo. Numerosos charcos brillaban aquí y allá al reflejar las luces del alumbrado callejero. Conduje rápidamente hasta Wilshire y me detuve frente al estudio de Sharon Lennox. Tenía todas las luces apagadas. Crucé la calzada y me detuve ante la puerta vidriera. Las cortinas estaban echadas en su totalidad. No parecía haber nadie dentro. Tal vez la viuda de Lennox se había cansado de esperar y se fue a su casa, pensé con desaliento.

Pero si realmente tenía alguna idea sobre la identidad y motivos de *Sadix*, aquello tenía demasiada importancia para dejarlo para el día

siguiente. Yo no sabía sus señas, de modo que debía insistir allí, donde ella me citara.

Llamé repetidas veces sin resultado. Irritado, moví el tirador de la puerta. Me sorprendí. La puerta cedió levemente, con un chirrido. Se entreabrió.

Aquello no me gustó. Llevé la mano a mi revólver. Lo empuñé, mirando en torno, inseguro. La calle estaba desierta en aquel tramo. Los guiños del luminoso de un teatro parpadeaban allá en la distancia. Pasó un coche a toda velocidad, perdiéndose en la distancia.

Entré en la tienda de material fotográfico, oscura y silenciosa. Miré por todas partes en la penumbra. No vi nada ni a nadie. El silencio en el recinto era total. Mis ojos se clavaron en la escalera de caracol, al fondo.

Por allí había descendido Sharon la primera vez que estuve en el local. Avancé hacia la escalera. Llamé suavemente:

—¡Señora Lennox! ¡Señora Lennox! ¿Está usted ahí? Soy yo, Murdock...

Nada. Ni palabra de respuesta. Ni ruidos. Ni señal de vida. Comencé a subir, peldaño a peldaño. Eran metálicos, no emitían crujidos. Así llegué arriba. Me encontré en un vestíbulo alumbrado solamente por los reflejos de la luz urbana a través de las rendijas de una persiana graduable de plástico. Al fondo había una puerta. Cuando la abrí, me encontré con un estudio preparado con diversas cámaras y material para hacer fotografía artística. Al fondo, otra puerta indicaba la prohibición absoluta de cruzarla.

Atravesé entre asientos, útiles para decorar y forillos, cámaras de trípode y focos.

Empujé la puerta, que cedió. Una cortina oscura apareció detrás. El lugar olía a ácidos y a celuloide. Imaginé de qué se trataba: la sala de revelado. Mi mano zurda buscó algún conmutador, mientras mi diestra esgrimía la pistola amartillada.

Encontré el interruptor de luz. Lo presioné. Una claridad rojiza, fantasmal, alumbró el gabinete para revelado. Vi cubetas, ampliadoras, películas colgando a secar. Todo rojo, extraño.

Y también vi a Sharon Lennox.

Estaba al pie de una de las cubetas. Yacía boca abajo, sobre regueros de sangre.

Maldije entre dientes y me arrodillé junto a ella.

—¡Tarde otra vez! —mascullé, como un reproche a mí mismo.

La volví. Estaba muerta, bastaba con mirarla. A aquel rojo resplandor del cuarto de revelado, su rostro era horrible ahora. Hinchado, amoratado, convulso, la lengua fuera.

Una cinta de celuloide enrollada a su cuello la había estrangulado, incrustándose en su carne inflamada. Después, unas tijeras de cortar material fotográfico, que yacían junto a ella, habían servido para seccionarle ambas orejas brutalmente. La hemorragia fue terrible. El efecto de un rostro sin orejas, resultaba espantoso.

Otra vez *Sadix*. Crueldad, perversión, detalles de macabra morbosidad. El sadismo de un loco, de un neurótico criminal, muy astuto por añadidura.

Resoplé. Esto era el fin de una pista. Ella debía tener razón. Sabía algo. Algo revelador. Y también lo supo el asesino.

Rebusqué entre sus cosas. Encontré una agenda con apuntes suyos. Nada revelador.

Estaban anotados mis teléfonos, el de mi oficina y el de mi casa. Ero era todo lo que me resultó familiar.

Dejé todo tal como estaba y fui a llamar a la policía. No podía hacer ya otra cosa, aunque estaba seguro de que el teniente Knox iba a enfurecerse conmigo.

* * *

Si. Se enfureció, y mucho. Tenía motivos para ello.

Aquella misma noche había arrestado a Tracy Wallace, acusándole de asesino a Morton Lennox por venganza. Sabía lo de la historieta plagiada y había creído encontrar al culpable ideal. Dijo que los demás crímenes eran sólo para disfrazar el auténtico motivo.

Yo estropecé su caso. Estando arrestado Tracy, habían asesinado a Sharon Lennox. El

forense fijó la muerte de la viuda entre las diez y las doce de aquella

noche. Me causó cierta desazón saber que, mientras yo era feliz con Maud en la oficina, alguien estrangulaba a la señora Lennox con una película de celuloide, cortando luego sus orejas.

Estuvo a punto de quitarme la licencia por trabajar por mi cuenta sin informar previamente a la policía. Pero esta vez, salvé mi trabajo gracias a unas cuantas súplicas.

Me la devolvió amenazándome con dejarme definitivamente sin ella si reincidía. Y

ordenó poner en libertad a Tracy Wallace, hecho una verdadera furia.

Salí del Departamento en compañía del actual ejecutivo que fuera un día joven dibujante con sueños de triunfo. Le invité a llevarle a su casa en mi coche, y no se negó a ello. Parecía indiferente por haber salido tan bien librado de una acusación tan grave.

Rodé hacia la casa donde empezara todo, la antigua vivienda del difunto Lennox. A mi lado, Tracy Wallace se mantenía silencioso, distante.

—Debería sentirse feliz —comenté—. Y agradecido a *Sadix*. Su actuación de esta noche le ha librado de un difícil trance, Wallace.

Me miró indiferente y se encogió de hombros.

—Yo no maté a Lennox —dijo—. Es una acusación ridícula.

—Quizás. Pero sabiendo que usted es el creador auténtico de *Sadix*... no resulta tan ridículo ni mucho menos. Tal vez ahora un tribunal le conceda los derechos, si Van Eyssen declara al respecto, ya que ningún Lennox sobrevive.

—Eso ya es algo muerto, del pasado —negó con la cabeza—. *Sadix* ya no es mío. Me lo robaron cuando significaba algo para mí. Ahora ya es la obra de otro. Lennox adulteró a mi héroe. Mi *Sadix* tenía algo de justiciero, cruel pero vengador, implacable pero justo.

—El crimen nunca es justo, Wallace.

—Los de mi personaje, sí. Mataba siempre a gente a quien la sociedad y la ley no podía condenar. Se ensañaba en ellos, sí, pero era su modo de hacer justicia. Era un ser complejo, atormentado pero humano. El personaje de Lennox no tenía nada de eso.

Era un simple carnicero, brutal y enfermizo. Lo mismo que el asesino de ahora. Eso no es obra mía, no quiero nada con todo ello.

—Yo no estaría tan seguro de que en los crímenes de este *Sadix* de carne y hueso no pretende haber cierto sentido de justicia, aunque feroz e inhumano. Lennox fue un ladrón, un estafador. Sylvia Lang una lesbiana sin escrúpulos. La señora Lennox, una mujer fría y dura, con escasa piedad incluso hacia los muertos. En cuanto a Zachary Moore... no sé. Me pareció un hombre engreído y presuntuoso, muy pagado de sí mismo. Si éstos pueden ser motivos de ejecución para un loco, habría que convenir que, en cierto modo, *este Sadix* también ejerce una curiosa justicia con sus víctimas.

—Eso lo dice usted, no yo —cortó Wallace, seco—. Pero puede que no le falte razón, vistas así las cosas. Lennox me dijo un día que su ex mujer era una hiena sin corazón y capaz de volverse loca por un par de pantalones, una especie de ninfómana. También habló de Zachary Moore. Comentó que una vez fue responsable de la muerte de un hombre, un compañero, durante el rodaje de una película. Fue un accidente, pero lo provocó él con su insistencia en que se rodase sin «dobles» una escena peligrosa. De modo que también podría aceptarse como justa, en cierto modo, la acción de *Sadix*.

—¿Lo ve? —sonreí—. Lástima que no le pueda acusar de la muerte de la señora Lennox, Wallace. Encajaba usted perfectamente en el papel de *Sadix* de carne y hueso.

—Ya ve que no es posible —su sonrisa fue amargamente burlona—. Resulta curioso que Van Eyssen se acordase de mí. Ni siquiera el propio Lennox me reconoció cuando me tuvo de vecino suyo.

—Sí, resulta extraño ver cómo otros olvidan tan fácilmente el mal que hicieron...

Dejé a Tracy Wallace en su domicilio y regresé a mi casa. Antes, telefoneé a Maud a su casa y le informé de todo lo sucedido. Se mostró aterrada, pero la tranquilicé, asegurándole que al otro día estaría preparado el sistema de seguridad de nuestra oficina, para evitar males mayores.

Nos despedimos con un beso telefónico, y me acosté. Confieso que, pese a todo, me dormí como un leño. Mi fatiga fue superior a todo, incluso al recuerdo emocionado de mi idilio con Maud y al encuentro macabro en el saloncito de revelado.

Al otro día, me dispuse a ir a los estudios de la KTLA para pedirle a

Bruce McIntire algo insólito: la visión inmediata de todos los episodios grabados en video de la serie de *Sadix*. Maud vino conmigo en esta ocasión, y avisé previamente a Jessica Talbot. Quería que ella estuviera presente, así como otras personas relacionadas con el caso, a quienes cité allí también, ya que estando yo presente junto a ella, no era probable que sucediese nada inquietante para su seguridad personal.

No faltó nadie: Jessica, Tracy Wallace, Bruce McIntire, Rufus van Eyssen, Clarence Ryder... Ellos, Maud y yo.

Y comenzaron a proyectarnos los videos de *Sadix* en una salita privada de la emisora de televisión.

CAPITULO VIII

Eran realmente unos videos deleznables. Episodios acumulando violencia, sangre y un terror primario y efectista, truculencias teatrales y todo lo más reprochable del género para impresionar al espectador poco exigente. Los guiones se resentían, sin duda, del morbo sobrecargado por Lennox sobre su negativo personaje central, al que bastante hacía Zachary Moore para darle cierta dimensión humana con su inter-pretación.

En la adaptación televisiva de los *comics* de Morton Lennox, la dualidad de *Sadix* consistía en que bajo la máscara se ocultaba un hombre joven, arrogante y de gran éxito entre las mujeres, millonario y deportista de apariencia jovial, quien por una no muy aclarada neurosis criminal heredada de sus padres, se convertía en ciertas noches en el terrorífico y despiadado asesino de la gabardina negra y la máscara blanca. Algo que no se tenía en pie, pero que había tenido su público, aunque cada vez menor.

Por la pantalla iban desfilando los diversos episodios, calcados uno de otro, y en los que sólo las víctimas y sus circunstancias personales eran en cierto modo diferentes, aunque en una línea de monotonía insoportable. Así, vi asomar las imágenes sanguinolentas de los asesinatos de un juez con una daga veneciana, de un político con un florete durante su clase de esgrima, de una rubia ramera de lujo en una verja de puntiagudas extremidades de hierro, de una mulata cantante de «soul» con unas enormes tijeras de costura, dos bailarinas clásicas con una jabalina que ensartaba a las dos igual que si fuesen un pincho moruno, un deportista de basket abatido con un arpón marinero de un viejo barco ballenero, y todo cuanto la fantasía morbosa de Lennox y su coguionista, Clarence Ryder, director también de la serie, había acumulado en las secuencias, bien aderezado con las más diversas mutilaciones y horrores previsibles.

Aun así, pensé en la oscuridad de la sala, tan excelentemente flanqueado como podía por dos mujeres de la talla de Jessica Talbor y Maud Lamont, la realidad estaba superando con creces a la ficción, desde que *Sadix* cobrara dimensión humana, pareciendo escapar de la pantalla de video para convertirse en un ser real y tangible.

—Me siento mal —musitó de repente Jessica a mi lado, apretándome un brazo con sus dedos trémulos.

—¿Qué le pasa? —susurré en voz baja, volviéndome a ella.

Estaba muy pálida a la claridad de las imágenes que proyectaba la pantalla. Me respondió en un murmullo:

—Esas imágenes... Nunca vi un solo episodio de la serie. Rodarlo es diferente, pero verlo ahí ahora, sabiendo a Zach muerto de forma tan horrible... y con ese odioso ser deambulando por ahí...

—La comprendo, Jessica —afirmé roncamente, apretándola yo ahora el brazo con afecto, para darle ánimos—. ¿Desea salir de la sala?

—Sí, por favor —me rogó.

—Maud... —me volví a mi secretaria—. ¿Quieres acompañar a la señorita Talbor?

Parece que no se siente nada bien.

—Claro —afirmó mi rubia compañera, tras dirigirle una mirada preocupada a la actriz—. Lo comprendo perfectamente, después de tragarse una esas horribles escenas... Y eso que ella fue intérprete principal... No sé cómo pudo aguantarlo.

Vamos, querida, salgamos de aquí. Tomaremos algo en el bar de los Estudios.

Tomó por un brazo a Jessica con esa solidaridad peculiar que sólo se puede dar entre dos mujeres que se comprenden, y salieron de la pequeña sala de proyección. Algunas cabezas se volvieron para seguir las. Ryder se sentó a mi lado de inmediato.

—¿Qué les ocurre a las chicas? —demandó.

—A mi secretaria, nada. Es Jessica. No soporta bien esto.

—Lo que me extraña es que soportase el rodaje —suspiró el director, productor y guionista—. A Lennox no se le ocurrían sino atrocidades constantes. Llegó a causarnos problemas con los del Código de la Moral.

—Lo creo. Basta ver esas imágenes. Con todos mis respetos, son lamentables.

—Sí, lo sé. Ya le dije que pretendí otra cosa. Lennox influyó negativamente en los resultados, de ahí la supresión de la serie.

En la pantalla volvía a surgir otra escena escalofriante. *Sadix* surgía de la noche lluviosa esgrimiendo un hacha de regulares dimensiones, y decapitaba a una rubia que ya había salido otra vez en la serie, interpretando a una ramera cara que acababa colgando hecha un guiñapo sanguinolento de las verjas de una casa, adonde la enganchaba el perverso asesino. Una cabeza de melena dorada rodó por el suelo, entre salpicaduras de algo que, más que sangre, parecía salsa de tomate. Incluso noté cómo Tracy Wallace, una fila más atrás de mi asiento, hacía un instintivo movimiento brusco de repulsión en su asiento, y una frase bronca escapaba de sus brazos:

—¡Yo nunca hubiera permitido que rodaran algo así con *mi* personaje!
—dijo.

Suspiré. Sí, había mucha gente sin duda que tuvo que odiar a Lennox por culpa de sus ocurrencias, al margen de que fuese un ladrón de ideas ajenas. Sólo mi amigo McIntire parecía ajeno a todo aquello, además de bastante aburrido por tener que visionar los videos. En cuanto al solemne editor, Rufus van Eyssen, se inclinó hacia mí, cambiando de asiento y me preguntó con tono tirante:

—Oiga, Murdock, ¿me ha citado aquí para que pierda mi tiempo tragándome esas abominables películas? *Sadix* podrá ser un *comic* para adultos, bastante lleno de sadismo y morbosidad, pero no alcanzó nunca cotas tan tristes de despropósitos y barbaridades.

—Lo siento —dije—. Creo que hay algo en esa serie que, pese a todo, puede ser una de las claves de lo que está ocurriendo ahora.

—¿Usted cree? —dudó el editor—. ¿Eso es una convicción o simple corazonada suya?

—Un poco de cada cosa —comenté secamente.

—El día que rodamos eso de la decapitación, recuerdo que Zachary casi se pega con Lennox —mencionó ahora Ryder—. Por suerte, la chica rubia que contratamos de actriz para el papel, una tal Cheryl Dodds, se cuidó de evitarlo. Había «ligado» con Zachary y se lo llevó del plató para evitar males mayores.

—Vaya, Moore era un auténtico donjuán —comenté irónico—. La chica no está nada mal.

—Bah, como todas las *starletts* que vienen por Hollywood —dijo Ryder encogiéndose de hombros—. El caso es que el propio Lennox la recomendó para unos papelitos en algunos episodios de la serie.

También ese tipo, pese a su físico, tenía bastante éxito con las mujeres.

Asentí, siguiendo el resto de la proyección de videos en silencio. Cuando terminaron de exhibirlos, todos nos pusimos en pie con gesto de fastidio. Se dieron las luces de la sala. McIntire se acercó a preguntarme.

—¿Complacido, Lew?

—Cielos, no —reí—. ¿Cómo salir complacido de una proyección semejante?

—Te lo avisé. Hicimos bien en suprimir la serie.

—Desde luego. El caso es que hay algo en todo eso que me hace dar vueltas la cabeza, pero no sé lo que pueda ser... —me fijé de repente en Tracy Wallace, que se había levantado y cojeaba ligeramente, camino de la salida.

Que yo recordase, cuando salió conmigo del Departamento de Policía *no* cojeaba.

Me aproximé rápidamente a él.

—¿Qué le pasa, Wallace? —quise saber—. ¿Ha sufrido algún accidente?

—Oh, ¿lo dice por esto? —sonrió, tocándose la pierna izquierda a la altura de su muslo—. No, nada de accidentes. Sufro algo de artrosis, ¿no lo sabía? Tengo días fatales, sobre todo cuando llueve y hay un elevado índice de humedad atmosférica.

—Sí, entiendo. Perdona por la pregunta, Wallace —sonreí a mi vez, haciendo acción de apartarme de él.

Tropecé y caí sobre Tracy Wallace violentamente. Lo hice de tal modo, que fui a dar con mi rodilla en su muslo, con toda la fuerza posible. Emitió un aullido agudo de dolor, el color huyó de sus mejillas, y se tambaleó, teniendo que apoyarse en una fila de butacas para no caer. Instintivamente, había llevado su mano al muslo derecho, sujetándolo con fuerza mientras se mordía el labio inferior.

—Extraña artrosis, Wallace —dije fríamente—. Sólo le duele el muslo donde *no hay hueso*, a lo que veo...

Mi rodillazo había sido brutal. E intencionado, claro. Ahora estaba ocurriendo algo: una mancha oscura se extendía por su pantalón a la altura del punto golpeado. Wallace estaba lívido. Vio la dirección de mi mirada y se miró también. Luego masculló algo entre dientes, tratando de alejarse, pero cojeaba de forma muy ostensible ahora, evidentemente muy dolorosa para él.

—Está bien, métase en sus cosas, Murdock. Tuve problemas con un navajero anoche. Me hizo un corte profundo, pero no he querido denunciarlo, detesto volver por una comisaría, eso es todo.

—Lo siento —hablé con sequedad, plantándome ante él—. ¿Quiere enseñarme esa herida, Wallace? Necesito saber si es una herida de arma blanca... o de bala.

—¿Bala? —sus ojos giraron en las órbitas—. ¿Por qué había de ser de bala?

—Porque tal vez yo le herí anoche... señor *Sadix* —dije con voz rotunda, dejando petrificados a todos los presentes.

Tracy Wallace palideció más aún, retrocedió tambaleante y me miró con algo que pretendía ser asombro y sólo podía ser miedo a la vez.

—¿Se ha vuelto loco? —jadeó—. Usted mismo vio cómo la policía me soltaba, tras

cometer *Sadix* uno de sus crímenes, justamente el de Sharon Lennox...

—Eso no importa demasiado. Usted estuvo anoche en. mi oficina, intentando asesinar a mi secretaria cuando no me encontró a mí. Tuve que dispararle... y le di.

—¡Qué tontería! —rió—. ¿No estaba detenido por el teniente Knox por entonces?

—Me temo que no. Le arrestaron *después* de ocurrir lo de mi oficina, lo he comprobado ya. Iba herido ya por entonces, claro, pero pudo saltar porque la herida era reciente y estaba en caliente. No le había dañado el hueso, por lo que dispuso de un corto tiempo de total agilidad. Luego empezaría el dolor y la hemorragia. Se vendó el muslo tras taponar la herida y se inyectó algo fuerte, como hacen los deportistas, para que soportara unas horas sin dolor ni cojera aparente. Por eso no cojeaba cuando salió conmigo de las dependencias policiales. Pero el hecho de su vendaje en el muslo constará sin duda en el expediente policial de su arresto, ¿quiere que le comprobemos ahora? Usted daría

cualquier excusa, claro, y ellos le creyeron porque nada sabían de un asalto a mi oficina y una posible herida de bala. Wallace, me temo que voy a tener que llevarle de nuevo con el teniente Knox... y esta vez le acusaré como mínimo de asalto a mano armada, intento de homicidio y agresión a mi secretaria. Yo...

Tracy reaccionó. Pese a su dolor en la pierna, me pegó un empujón y echó a correr hacia la salida. Había sacado de su bolsillo una pistola automática, y todos se apartaron a su paso, alarmados.

—¡No me cogerá, maldito bastardo! —rugió, haciendo un disparo de advertencia que levantó esquirlas de madera en el muro de la sala de proyección.

Corrí hacia él agazapado, y cuando se revolvió, intentando pegarme un tiro, le disparé con mi revólver, en medio de los gritos de alarma de los presentes. Le alcancé en el brazo armado. Wallace aulló de dolor, soltando su pistola, y se sujetó el brazo herido con gesto convulso. Esta vez sí le había procurado pegar en el hueso para hacer más eficaz mi disparo.

Le sujeté por el cuello y le puse el cañón de mi arma en el costado.

—Quieto ahí, Wallace —dije sibilante—. Intente otro truco y le dejo seco.

—Dios mío, Lew, ¿es *él* ese terrible *Sadix* que anda por la ciudad? —jadeó McIntire.

—Me temo que hemos estado buscando *un Sadix* y hay *dos* —dije roncamente, saliendo fuera con mi detenido.

McIntire corrió a llamar a la policía. Yo vigilaba a Tracy Wallace, lívido y furioso, cuyo muslo y brazo sangraban copiosamente. Ryder corrió a buscar algo al botiquín de los Estudios.

Entraron dos guardas jurados de la emisora, revólver en mano. Les dejé a Tracy bajo su custodia hasta que llegase el teniente Knox, y busqué a las mujeres en la cafetería de los Estudios. No vi rastro de ninguna de ellas.

—¿Ha visto a la señorita Talbot con otra joven? —indagué del barman.

—Oh, sí, señor. Estuvieron aquí tomando algo —asintió el hombre, buscando algo en la registradora—. ¿Se llama usted Murdock?

—Sí. Lew Murdock —asentí—. Soy yo.

—Dejaron esto para usted —me tendió un papel doblado.

—De modo que se fueron —una repentina alarma me invadió.

—Así es —sonrió el empleado—. La pelirroja, la señorita Talbot, parecía muy decidida,

y la rubia no se opuso a ir con ella.

—Dios mío —gemí, sintiendo una rara punzada en mi estómago.

Abrí el mensaje. Estaba escrito por Maud, con rápido trazo, conocía ya su letra:

«Jessica quiere irse de aquí. Está asustada. Volvemos al hotel donde la escondiste.

La acompaño para ocuparme de su seguridad. Ha insistido mucho en que nos vayamos. Reúnete con nosotras. Lew. Besos.

»*Maud.*»

—Dios mío, Dios mío —repetí como un imbécil.

De repente veía muchas cosas claras. Me volví hacia McIntire, que entraba ahora en la cafetería.

—Me voy —dije—. Me temo que ya sé *quién* es el segundo *Sadix*... ¡el peor de los dos!

Y tiene en su poder a una persona que corre gravísimo peligro de muerte... Quiera Dios que esté acertado y llegue a tiempo...

Y dejando a mi amigo con la boca abierta, corrí a la salida de la emisora, evocando una serie de hechos que ahora encajaban con fría y terrible lógica en mi mente.

Cuando salí al aparcamiento de la KTLA, dudaba qué camino tomar, adónde dirigirme.

Salté al volante y puse el coche en marcha. Tras una vacilación, tomé mis propias decisiones sobre la marcha, confiando en que mi instinto no me engañara en aquel trance decisivo para la vida de una mujer indefensa que no sospechaba nada.

Mientras conducía vertiginosamente a través del tráfico de la ciudad, sobre el asfalto todavía mojado, seguía preguntándome si, una vez más, *Sadix* sería capaz de anticiparse fatalmente a mis actos.

Sabía que eso, de ser así, iba a costar una vida. Una vida humana que dependía solamente de mí en estos momentos.

CAPITULO IX

En ocasiones así es cuando utilizo mis llaves maestras, un completo juego de ellas que considero imprescindible para cualquier investigador privado.

Las utilicé, y con éxito. Las puertas que tenía que abrir, se abrieron. Llegué finalmente ante otra, la última. Esta vez era más peligroso el manejo de la llave. Podía provocar la alarma de alguien, si es que aún era tiempo. Ni siquiera me sentía totalmente seguro de que estuviera en lo cierto. El piso estaba aparentemente vacío, sólo una puerta se veía cerrada el fondo, la de una alcoba. Y al tocar el pomo, tras caminar de puntillas sobre la moqueta, supe que estaba cerrada con llave.

Probé una de las llaves en la cerradura. Apenas la había introducido, me detuve en seco, con el corazón palpitante. Sonaba una voz adentro, en la alcoba de Jessica Talbot.

Una voz de mujer, tranquila y suave, que reconocí sin dificultad:

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntaba—. ¿Por qué cerró la puerta?

La otra voz respondió mansamente:

—Es mejor así. Las dos estaremos a salvo de todo riesgo. Esta habitación no tiene ventanas, querida.

—Sí, es cierto. ¿Teme que *Sadix* nos ataque?

Hubo una risita. Una risita apagada, que me hizo estremecer. Había algo siniestro en ella.

—No, claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Teme usted a *Sadix*?

—Por supuesto. Por algo, estamos ahora aquí encerradas, ¿no?

—Sí, es una situación que tiene su ironía, querida.

—¿Por qué dice eso? —la otra voz femenina comenzaba a reflejar cierto temor.

—Oh, por nada, lo sabrá muy pronto —la risita se repitió. Yo probé, cauto, a girar la llave en la cerradura. No resultó. Hubiera maldecido

de buena gana, pero no podía.

Retiré con infinitos cuidados esta llave y probé con otra.

Dentro, el diálogo de mujeres continuaba, cada vez más tenso:

—¿Sabe cuál es mi apellido real, querida amiga?

—No, ¿cómo voy a saberlo?

—Lennox.

—¿Qué?

—Sí, Lennox. Soy hija de Morton Lennox. Hijastra, mejor dicho. El me adoptó, pero yo sólo era hija de su primera mujer, de una tal Helen, artista de variedades. Ahora soy la única Lennox que vive. Voy a hacerme muy rica cuando salga a la luz revelando mi identidad legal. Poseo todos los documentos que demuestran mi condición de hija legítima de Morton Lennox.

—Dios mío, ¿cómo podía saber eso? Ciertamente, tiene suerte. Va a ganar millones con la fama que ha vuelto a adquirir ese personaje. ¿Por qué oculta su verdadero apellido?

—Porque me conviene. El de mi madre también es bueno para mí. Aún no ha llegado el momento de decir quién soy. Cuando *Sadix* haya terminado su tarea... entonces.

—¿Cómo... *cómo* puede saber usted, querida amiga, en qué momento terminará

Sadix su macabra tarea?

—Muy sencillo —rió la otra—. Porque YO SOY *SADIX*.

Reinó un silencio de muerte en la alcoba. Oí pisadas, crujidos indefinibles. Imaginé la incredulidad, la sorpresa, el terror de una de las dos mujeres, mirando a la otra. Y la maldita llave maestra no aparecía. Probé una tercera, sintiendo un helado sudor en mis manos, en mi frente. No debía producir ruido. Podía ser funesto. Aquella loca infernal sería capaz de asesinar a su compañera antes de que yo entrase en la estancia.

—Bromea, supongo... —dijo la voz femenina tras una pausa letal.

—No, querida, no —afirmó la otra voz de mujer—. No bromeo en

absoluto. Yo soy *Sadix*. Lennox creó a un monstruo. Y el monstruo le devoró a él. Creo que a última hora sospechó la verdad, pero ya era tarde. Le maté. Y maté a su viuda. Eran quienes tenían que morir. Lo demás es simple carpintería teatral, relleno eficaz para revivir el éxito comercial de esas historietas y enriquecerme. Es, también, un modo de hacer justicia.

Tengo un cómplice, ¿sabe? Un buen amigo que colabora conmigo, al que robaron sus derechos. Mi padre hizo esa infamia. Pagó también por ella.

—No..., no, Dios mío, *no puede* estar hablando en serio... —gimió la otra.

—¿Ah, no, querida? Yo maté a Zachary Moore en el piso de al lado. Yo maté a todos los demás, uno por uno. Buscan a un hombre... ¡y el monstruo de la gabardina de cuero y la máscara blanca es una mujer! —soltó una carcajada—. Ingenioso, ¿no le parece?

—¿Y ahora... qué piensa hacer? —susurró su interlocutor, llena de pavor.

—Por supuesto, matarla a usted —dijo tranquilamente la voz.

—¡No, no, por Dios! ¿Qué mal he hecho yo, por qué ser su víctima?

—Porque alguien tiene que serlo. No existe ya otro motivo para ello que seguir matando, para que el país entero admire a *Sadix* y le tema, para que la fama de ese personaje maligno llegue a todos los rincones del mundo y me proporcione ríos de oro.

—¡Está usted loca!

—No diga eso —silabeó la otra—. Loca dicen que murió mi madre, internada en un hospital psiquiátrico por mi padre. Mintieron. Ella estaba sana, como yo. Mi padre se deshizo de ella así...

—Eso no es cierto y lo sabe. Su madre debió morir loca... y loca está usted, porque heredó su dolencia mental. Ahora lo veo claro. La historia de la neurosis criminal, de la psicopatía homicida, es cierta... ¡Usted es una pobre demente ávida de sangre y de dinero!

—¡Ya basta! —aulló la voz de la otra mujer, descompuesta. Sonó un trallazo, un bofetón tremendo, sin duda alguna, y un cuerpo golpeó sordamente el suelo, con un gemido ronco. La voz de la asesina remachó ahora fríamente—: Voy a matarla, querida... ¡Voy a acabar

con usted en un baño de sangre como nunca se vio!

—No, no, piedad... Piedad, por el amor de Dios... —sollozó la víctima, mientras yo, exasperado, probaba una cuarta llave, dispuesto si fallaba ahora a volar a tiros la cerradura, aunque eso implicable grave riesgo para la vida de quien estaba ahora a merced de *Sadix*.

—No hay piedad —dijo triunfalmente una voz de mujer desfigurada por el odio, la maldad, la perversión de su locura homicida—. ¡Nunca tuvo *Sadix* piedad de nadie!

Muere, querida, ¡muere!

Oí un grito agudo, un chasquido metálico. Se me erizaron los cabellos.

Y la llave chascó, al fin, en la cerradura, abriéndola.

Penetré como un alud en la alcoba, revólver en mano. Ya era tiempo. Una mujer estaba erguida, ante la otra caída en la moqueta, al pie de la cama. Enarbolaba una navaja automática de larga y afiladísima hoja, centelleante a la luz artificial del dormitorio.

Apreté el gatillo contra la mano armada. Restalló la detonación cuando ella se volvía ya hacia mí, desfigurada por el odio, la rabia y la locura. Vi saltar sangre de sus dedos femeninos, rotos por mi bala. La navaja mortífera voló lejos de su mano, mientras un alarido escapaba de su convulsa boca.

—Ya basta, Maud —dije roncamente—. Ha terminado tu juego, querida secretaria...

En la moqueta, con un hilo de sangre en su boca y nariz, Jessica Talbot se limitaba a sollozar, presa de la histeria.

* * *

—No sólo debería quitarte la licencia, sino arrestarte por una larga temporada —

bramó Eider Knox con tono áspero—. ¡Pudiste dejar morir a una mujer, escapar a una asesina, morir tú mismo a manos de esa arpía! Y todo, por no confiar en la policía, maldito seas. Estábamos a punto de llegar al mismo lugar que tú, no somos tontos.

Tengo los datos: Helen Lamont, primera esposa de Morton Lennox, artista de circo y variedades, con una hija acróbata y actriz, llamada

Maud, de padre desconocido, pero adoptada por Lennox como hija propia... *Starlett* en Hollywood años más tarde, muerta ya su madre, con el nombre de Cheryl Dodds. Hizo cine y televisión, aunque nunca papeles importantes. Trabajó en la serie de *Sadix*, recomendada por su propio padre.

—Lo sé. La vi por dos veces en escenas de esa serie, como ramera de lujo muerta en una verja y como decapitada después. Pero no pude reconocerla. Aparte su pelo rubio, no existía parecido en su rostro...

—Claro. Maud Lamont, o Maud Lennox, se había hecho cirugía plástica tras sufrir un accidente grave de coche, hace sólo dos años. Cambió mucho su cara, y eso la sirvió para no ser reconocida ni siquiera por su padre cuando volvió a verla.

—Y entonces vino a mi oficina, presentándose como aspirante al puesto de secretaria, justamente el mismo día que su padre tenía que venir a verme... —comenté yo.

—Claro. Había hablado con él. Su padre descubrió en ella indicios de la locura de su primera mujer y tuvo miedo, aunque no se atrevió a acusarla directamente de nada.

Quería que tú lo descubrieras.

—Y lo descubrí. Pero tarde. ¿Sospechabais de mi secretaria en el Departamento?

—De tu secretaria, no. De Maud Lannox, hija de Morton, sí. Teníamos que dar con ella, y no es fácil eso en una ciudad como Los Angeles, cuando las únicas fotografías de ella que teníamos eran de antes de su accidente y, por tanto, de su operación facial

que sólo dejaba intacto en ella su figura y su pelo rubio.

—Así veía yo *algo* familiar, conocido, en esa serie. Era ella, sus apariciones... su figura, exhibida con generosidad en las escenas... —musité, contrariado—. Estúpido de mí, confiar en ella, dejar a su cuidado a Jessica Talbot...

—Confiaste por sospechar de Tracy Wallace solamente. Tracy y Maud eran buenos amigos. Planearon juntos el macabro juego. Tracy se vengaba de su odiado Lennox, antiguo amigo y colega que le traicionó y robó su obra, y ella se hacía rica con *Sadix* vuelto a la actualidad. Un buen truco.

—También fue un buen truco fingir ante mí aquella escena dramática en mi oficina.

Tracy fingiendo atacar a Maud, el golpe auténtico para dar realismo a la escena...

—Era un modo de buscarse una coartada por si llegaba lo peor. Tu podrías testificar mejor que nadie que tu secretaria fue agredida por *Sadix*. Por tanto, eso la dejaba al margen de sospechas totalmente. Debía temer que tú, un inteligente detective, pudieras llegar a recelar algo alguna vez, y eso desviaría toda sospecha.

—Y por si ello fuera poco, me sedujo hábilmente... —murmuré irritado.

—Lo que me asombra es cómo supiste adónde se llevaba a Jessica consigo.

—Fue simple intuición. Estaba seguro de que al hotel no iban. También comprendí que había montado una farsa, fingiendo que era Jessica quien insistía en llevarla a ella al hotel, tomando la iniciativa. En realidad, la iniciativa siempre fue de Maud, aunque debió fingir bien lo contrario, y engañó al camarero del bar del Estudio. Luego, su nota completó la farsa.

—Así es. Hubiera matado a Jessica, se hubiese herido ella misma, y hubiese dicho que Jessica la obligó a ir a su casa, y allí les esperaba *Sadix*, que las atacó. Pero dime, Lew, ¿cómo sospechaste que era Maud la culpable?

—Muy simple: cuando cacé a Tracy Wallace, comprendí que no estaba solo, puesto que estando preso en el Departamento se cometió otro crimen. Había, pues, dos *Sadix*.

Y si ello era así, entonces la escenita del ataque a Maud en mi oficina carecía de sentido, pero sí lo tenía si quería ser un montaje. Y en tal caso... Maud formaba parte de ese montaje. Luego recordé a la rubia del video, aunque no entendía la diferencia de físico, y até cabos. Eso era ya camino de casa de Jessica Talbot. Me lo jugué todo a una carta... y tuve la suerte de acertar, eso es todo.

—Sí, porque en caso contrario ahora estarías esperando y en una celda, maldito seas

—refunfuñó de mal humor Knox—. La próxima vez, si no cooperas con la policía, será tu último caso, recuérdalo.

—Lo tendré en cuenta —prometí con un bostezo—. Ahora, ¿me disculpas? Una damita me espera impaciente. Vamos a hacer una excursión por las afueras, a celebrar el feliz final de esta horrible aventura...

—Esa damita no será por casualidad...

—Sin casualidad. Sí, es quien te figuras: Jessica. Me está muy agradecida por salvarle la vida. Es mi cliente y desea demostrarme su gratitud.

—Yo diría que quiere demostrarte otras cosas, Lew.

—Siempre tan mal pensado —reí, dándole una palmada amistosa—. Hasta otra, Eider.

—Hasta otra. Y recuerda: tu licencia depende de tu comportamiento, ¿eh?

—Claro, Eider. Hablaremos de eso otro día. Ahora no quiero hacer esperar a una cliente tan encantadora...

Y salí del Departamento, enfilando mi coche hacia donde Jessica me esperaba. Ya no llovía en Los Angeles. Había salido el sol. Y ya no había un monstruo loco por sus calles, asesinando gente. El único *Sadix* volvía a estar en las páginas impresas de los diarios.

Yo había perdido una bella y complaciente secretaria. Pero había ganado una hermosa y atractiva cliente. Podía ir lo uno por lo otro, pensé con optimismo.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España